

SERVICIO
SECRETO

SS

JUGADA SUPREMA

Kelltom McIntire



SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS



SERVICIO SECRETO



KELLTOM McINTIRE

JUGADA SUPREMA

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.520

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BRAVO OESTE:

483 - La pista de los cien mil

En Colección PUNTO ROJO:

901 - Incidente en Rowles Pike

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.509 - Al tilo de la memoria

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

988 - Pasaporte al Más Allá

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

170 - Trampa en Apache Creek

En Colección COLORADO:

949 - Whisky caliente

En Colección KANSAS:

867 - El largo camino hasta Albuquerque

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 24.712 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: septiembre, 1979

© Kelltom McIntire - 1979

Texto

© Norma - 1979

Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la Imaginación del autor; por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades
o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1979

CAPÍTULO PRIMERO

Ahora mismo no sé qué voy a hacer.

Si alguien me preguntara por mi estado de ánimo, diría que me encuentro desesperado. Y tengo motivos para sentirme así: el lunes me encontraba en Montecarlo, jugándome un centenar de miles de francos al póquer abierto. En cambio hoy, sábado, me encuentro en la prisión, con una acusación por asesinato...

Merde... ¿Cómo es posible? Yo no he matado a nadie, ni siquiera soy culpable de un vulgar rififi^[1]. La verdad es que últimamente me he regenerado. ¿Lo dudan? Pues deben creerme, porque ya no me dedico al «chocolate» o a la «nieve», esas porquerías que arruinan a miles de muchachos con un futuro prometedor. Jean-Jacques y yo explotábamos hasta hace poco un tugurio muy rentable en Montparnasse: americanos, ingleses y todo eso. La cosa nos iba bien... ¿para qué molestarse, entonces: en abordar negocios más sucios e inseguros?

No hago otra cosa que pasear a lo largo de mi celda, como un leopardo enjaulado. He contado las baldosas del pavimento miles de veces. A lo largo hay exactamente once baldosas enteras y dos medias, en los extremos. Es decir, tres metros exactamente. ¿El ancho? Un metro ochenta centímetros, ni más ni menos.

En el pasillo han sonado unos pasos. Me detengo, apresto mi oído... Se oye un chirrido desagradable, luego un enérgico «Sortez», un gemido, otros pasos que se alejan y luego... Nada, silencio.

Echo una nueva ojeada a mi celda. Una cama de hierro, un jergón, dos mantas, el plato de aluminio, la cuchara de plástico, el pedazo de tela que utilizo como toalla. Y algo precioso, que he encontrado en el jergón: un número amarillento de Paris-Hollywood, con muchachas cabareteras a las que se las ha difuminado el sexo y nostálgicos textos eróticos anticuados que, sin embargo, sirven para consolarme en mi soledad. Esta revista la leo a

escondidas, graduando disciplinadamente la lectura, pues soy consciente de que cuando termine de leerla, los recuerdos se abatirán sobre mí. Tendré que pensar y entonces...

Ahí está mi pequeño tesoro: un camastro, el plato de aluminio, la cuchara de plástico, el Paris-Hollywood y algo más. Lo encontré el primer día de estancia en la prisión, poco después de que me obligaran a desnudarme en la sección de cacheo. ¿Qué podéis imaginar que encontré? Algo pequeño, liviano y resplandeciente: una cuchilla de afeitar absolutamente nueva.

Al principio me sentí contento, extrañamente satisfecho.

«He aquí que la vigilancia en esta prisión no es tan estricta como me habían anunciado, pues no han registrado escrupulosamente la celda. Una cuchilla de afeitar es un objeto prohibido, por tanto no debería encontrarse aquí. Y sin embargo, lo tengo en mi mano. ¿Para qué puede servirme?», pensé.

Y dejé caer la cuchilla al suelo, con un respingo que tenía mucho de reacción supersticiosa.

Contemplé la brillante hoja con temor, con miedo profundo. Mis entrañas se habían revuelto, la intensa náusea alborotó mi estómago...

Pensaréis que mi reacción fue exagerada. Pues tengo algo que contaros y quiero decirlo aquí: mi amigo Luden Gaspar se cortó la carótida de un tajo, en Nasailles, cuando alguien le dijo que su joven esposa, Clementine, se había acostado con su mejor amigo, quien, por cierto, se llamaba Clement. Clement Ouvervilliers, exactamente.

Y eso fue lo mismo que imaginé yo: aquella moderna cuchilla de afeitar de finísimo acero podría valer para rajar mi yugular, mi carótida, mi tráquea o mis venas.

Y, francamente, como soy tan imaginativo, inmediatamente me vi a mí mismo expeliendo espumarajos de sangre a través de un gran tajo en la garganta. Y...

A punto estuve de arrojar la cuchilla al retrete. Porque, ¡es verdad! aún no he terminado de describir mi humilde morada penitenciaria. Disculpenme.

La verdad es que, aparte del camastro con sus mantas marcadas por ignotas eyaculaciones o, sencillamente, por la brasa de un clandestino cigarrillo que algún desconocido ha empleado en

marcar a fuego sus iniciales —en la Legión utilizábamos pólvora de los cartuchos para hacer otro tanto, qué tiempos aquéllos—, dispongo de mi plato de aluminio, cuchara de plástico y... un retrete. Por supuesto está sucio y carece de tapa, pero puedo conseguir que corra el agua apretando el botón que hay a un metro sobre el suelo. Un ingenioso sistema de vacío permite vaciar la cisterna, situada en el exterior. (No hay cadena en la celda porque podría servir para que un preso se ahorcase).

Aparte de todo esto, hay una puerta metálica pintada de gris, con su mirilla a través de la cual algún oculto funcionario me observa cuando le place, a lo largo del día y de la noche.

Por encima del marco de la puerta, existe una especie de nicho cilíndrico, en cuyo fondo, protegida por una dura tela metálica, brilla constantemente una bombilla amarillenta.

Situada al extremo opuesto de este angosto rectángulo, a dos y medio metros sobre el suelo, hay un ventanuco enrejado y protegido con otra gruesa tela metálica por la que penetra la escasa y cenicienta luz del día. Jamás he podido asomarme a esta ventana, en parte porque está situada a excesiva altura y también porque está rigurosamente prohibido por el reglamento interior carcelario.

La bombilla luce sin interrupción, día y noche. De día no me importa, incluso ayuda a dar cierta sensación de vida, pero de noche me impide dormir. Claro que el sueño, aquí, es punto menos que imposible. La tensión que trae consigo la angustia y la incertidumbre, el húmedo ambiente, el frío... Y luego, ya de noche, de madrugada, las toses bronquíticas de los demás presos, el ruido de las llaves, una puerta que se abre escandalosamente, los extraños roces ignorados, el arrastrar de pies...

Muchas noches, sólo soy capaz de conciliar el sueño hacia el amanecer. Y entonces, cruel, estruendosamente ruidosa, se deja oír la sirena de diana. Y simultáneamente, de nuevo las toses desacompañadas, las maldiciones, el bestial abrir y cerrar de puertas para el primer recuento.

A esa hora estás tan calentito en la cama —hay que olvidar los olores nauseabundos que impregnan tu nariz—, cuando resuena un golpe metálico contra la puerta de tu celda... Das un salto de tu cama y te vistes (si no has dormido vestido, para evitar congelarte). Te colocas rígidamente en el centro geométrico de tu celda,

procuras estar erguido, aunque tiritando, unos tus brazos extendidos a lo largo del cuerpo y permaneces en esa postura, absolutamente tieso hasta que la puerta (que se abre hacia afuera para que el preso no pueda ocultarse detrás) se desplaza, golpea sordamente contra el muro exterior y aparecen dos personajes. Uno, un individuo desgachado, con el rostro prematuramente envejecido, arrugado, pálido, de ojos vidriosos, nariz puntiaguda que aspira sin cesar y labios descoloridos. Es La Garduña, el preso que lleva las llaves, auxiliar del funcionario. Y luego el vigilante penitenciario, que se releva cada veinticuatro horas.

La Garduña murmura algo así como «vejintjiete» y el funcionario dice: «jijiete». Se cierra la puerta tan bruscamente como se ha abierto y vuelvo a quedar solo. Entonces puedo relajar mis músculos y respirar.

Inmediatamente, según el reglamento, debo recoger el jergón, arrollándolo sobre sí mismo, doblar las mantas, colocarlas simétricamente sobre esta colchoneta y proceder a mi higiene personal.

Pero ¿cómo hacerlo? Para lavarse, no hay otro sistema que abrir el grifo que está sobre el retrete, aspirar el vaho amoniacal que surge de éste, unir las manos y llevarse a la cara puñados de agua helada. Eso es todo, pues yo ni siquiera dispongo de cepillo de dientes o pasta dentífrica.

Luego vendrá el desayuno: un cazo de un agua humeante de un tono marrón sucio a lo que llaman café y un pequeño panecillo que, a veces, está decorado con el color verde del moho.

Pero antes vendrá La Garduña, te entregará una pequeña escoba y un pedazo de manta vieja con los cuales deberás proceder a la limpieza de tu celda. Y ¡ay de ti si encuentra el más leve rastro de suciedad sobre las tristes baldosas grises!

Dicen que este tipo, La Garduña, es una «carroza», u homosexual viejo, que siente una especialísima atracción por los jóvenes reclusos. Se cuenta que fue condenado a cadena perpetua por el feroz asesinato y posterior descuartizamiento de un joven que era, al parecer, son fiancé... Ojalá no ponga sus ojos en mí. Yo tengo ya treinta y seis años y mis facciones tienen poco de efebo angelical. Ojalá... Es un tipo siniestro, cuya sola visión produce náuseas. Por lo que he podido apreciar, La Garduña se queda frío cuando me ve.

Es decir, y por ventura, parece que no le intereso demasiado.

Ya pasó el triste momento del desayuno. He enrollado mi camastro, doblado las mantas, barrido y fregado las baldosas grises de mi celda, devuelto los útiles a La Garduña, que ha venido un momento, ha recogido el «material de limpieza» y ha vuelto a cerrar la puerta sin murmurar una sola palabra.

Yo comienzo mi triste caminar diario a lo largo de doce baldosas de veinticinco centímetros de longitud.

No me he decidido, por fin, a arrojar la cuchilla de afeitar al retrete. Pienso que quizá pueda ser de alguna utilidad en un caso desesperado, Pero ¿para qué?

CAPÍTULO II

Llevo siete días en esta celda y aún no he visto la luz del sol.

Ha nevado, hace un frío intenso que congela mis músculos y mis huesos. El viento del norte azota la prisión sin misericordia y se cuela a través de los resquicios y gime en los pasillos estremecedoramente.

Me veo obligado a moverme continuamente para conservar un mínimo de calor en mi organismo. Camino sin cesar y, a veces, me detengo para realizar ejercicios gimnásticos. Ya pueden suponerse, tensión dinámica y todo eso, pues no dispongo de ningún aparato que pueda ayudarme.

Por cierto, esto de la gimnasia es la mar de peligroso. Ayer estaba llevando a cabo unas flexiones en la posición del «pino». Es decir, el cuerpo vertical con los pies apoyados en la pared. De repente, se abrió la puerta, sin darme tiempo a reaccionar. Lo cierto es que alguien golpeó mis brazos de una salvaje patada y me fui al suelo de cabeza.

Fue un rudo golpe, lo reconozco. Cuando, todavía atontado, conseguí incorporarme, vi a ese bestia de Aurignac, uno de los funcionarios, que rió entre dientes y gruñó:

—Nada de exhibiciones gimnásticas, Mark Warkovic. Esto no es un gimnasio para señoritos desocupados. Si vuelvo a sorprenderle de tal facha, se acordará de mí.

Me daban ganas de saltar sobre él y estrangularlo, pero no me sentía lo suficientemente fuerte como para tener la seguridad de obtener éxito antes de que los restantes vigilantes llegaran en su auxilio. De modo que me limité a rechinar los dientes sordamente y a murmurar sin mirarle:

—Lo he comprendido, *monsieur* Aurignac.

Ahora, si quiero entrar en calor, debo prestar cautelosa atención a los ruidos que llegan del pasillo, aunque, por lo común, me limito

a saltar sobre mis pies hasta que me derrumbo exhausto. Este grotesco ejercicio me permite generar calor suficiente para mantenerme cómodo durante una media hora. Después, vuelta a empezar, etcétera.

Lo peor es la alimentación, que no es exactamente escasa. Es más, yo diría que es muy abundante. Lo malo es que el hedor vaporoso que exhala sólo es compatible con estómagos más resistentes y avezados que el mío. Como poco y siento hambre constantemente, de modo que ¿quién se mueve sin cesar en tal situación?

De todas formas, hoy se han producido algunas novedades. Por ejemplo, me han sacado de la celda y me han llevado al locutorio de jueces y abogados. Una caminata a través de largos pasillos húmedos nauseabundos, siempre escoltado por un funcionario. Hemos atravesado media docena de rastrillos^[2] y finalmente llegamos al locutorio. Es un chamizo de húmedas paredes que huele a DDT, con dos viejas mesas y algunas sillas cojas.

Allí he encontrado a un individuo de mejillas rosadas, bien rasuradas, un tanto calvo, con gafas y un excelente gabán de paño.

—Soy Auguste Ménard —le oigo decir—. Por favor, siéntese.

Me hace gracia. Dice «por favor, siéntese», como si la cárcel fuera suya. Y yo me temo que sea más mía que suya.

De todas formas, no hace falta que Ménard se presente. Hay algo indefinible en su aspecto que le delata: es un leguleyo, un abogado.

—Me han adjudicado su defensa, de oficio —me anuncia, en efecto—. Naturalmente, pienso hacer todo lo posible por sacarle de la cárcel, *monsieur* Warkovic...

Curioso. Todos dicen lo mismo... «Tenga confianza, yo me ocupo del asunto». «Naturalmente, poseo recursos para...». O bien: «Jamás he perdido un solo caso».

Me siento. Ménard hace otro tanto. El carcelero se ha marchado, aunque supongo que permanece, vigilante y atento, al otro lado de la vieja puerta apolillada.

Miro al abogado. Ménard tiene un curioso gesto. Se diría que trata de ganarse mi confianza. Deja sobre la mesa un paquete de Winston y un mechero, y dice rápidamente, como sin darle importancia:

—Fume, amigo mío. Supongo que en la celda no se lo permiten.

No sea tímido, coja algunos cigarrillos y guárdelos. Tenga un cartuchito de fósforos. Procure, por encima de todo, que no se los encuentren y fume por la noche, cuando haya menos vigilancia. Ya sabe cómo son los funcionarios de prisiones: excesivamente intransigentes.

Es cierto. Cuando ingresé me despojaron de los cigarrillos, el Dupont de oro, el reloj, los documentos, el dinero... Y en la celda no me permiten fumar... Pero ¿cómo iba a hacerlo, si no tengo tabaco?

Antes de que yo tome ávidamente el paquete de cigarrillos, el abogado se anticipa, lo coge y saca uno, que yo me pongo en los labios y enciendo con fruición. Aspiro el humo con ansiedad, fumo con deleite y... me mareo, estoy a punto de caer al suelo.

—Claro, claro —dice Ménard, mirándome, comprensivo—. ¡Debe llevar tantos días sin fumar...!

Llevo ocho días exactamente. Ocho días de infierno. Pero sigo fumando el cigarrillo, mis pulmones se inundan e impregnan de humo, de nicotina, de sutil aroma a buen tabaco americano. La sensación de mareo se esfuma, noto un extraordinario vigor, una animación general que recorre mi organismo en tumultuosas oleadas.

La mirada que el abogado me dirige es de plena satisfacción.

—Guarde el paquete y el estuchito de fósforos. Pero ¡no! Ahí, no. Guárdelo todo en la vuelta del calcetín.

¡Así, muy bien! —Aplaude—. Y ahora vayamos a lo que nos interesa.

Abre su lujoso portafolios con movimientos pausados, eficaces. Extrae algunos documentos mecanografiados, cuyas aristas acaricia más que toca con sus largos dedos marfileños, que adivino fríos, yertos. Y me mira.

—Según el atestado, usted, Marc Warkovic, de treinta y seis años de edad, divorciado, llegó al club La Fontaine en la noche del día 12 de febrero último. Le acompañaban dos hombres y una mujer, no detenidos hasta ahora. Bebieron abundantemente, cenaron y perdieron algunos millares de francos en el casino. Hacia las dos y media de la noche, según los camareros del bar de la segunda planta anexo al casino, usted se aproximó a una joven que se sentaba a una mesa. Charlaron, permanecieron juntos durante algo

más de una hora y luego abandonaron el local...

Ménard me dirigió un vistazo a través de los cristales de sus gafas de montura dorada y prosiguió:

—A las tres cuarenta y cinco aproximadamente, los camareros les vieron salir juntos. Aquel mismo día, a las siete de la mañana, unos excursionistas descubrieron el cadáver de Jeannette Glisson. La señorita Glisson había sido objeto de determinadas aberraciones sexuales que no hacen al caso, aunque su muerte, según la autopsia, se produjo mediante un paro cardíaco provocado por la ingestión de una dosis mortal de cocaína en polvo, mezclada con alcohol. Algún licor fuerte, *whisky*, probablemente. Según los documentos que tengo en mi poder, usted, Marc Warkovic, ha negado sistemáticamente ser el autor del asalto sexual de la señorita Glisson y también haberle suministrado la exagerada dosis de cocaína que le produjo la muerte por insuficiencia cardíaca.

Froté mis párpados, miré a mi interlocutor fugazmente.

—Sí, ésa es mi declaración. Negué las acusaciones. En realidad, no recuerdo nada de lo que sucedió aquella noche. Quizá usted no me crea, pero así están las cosas. ¡No recuerdo nada! —respondí, oprimiéndome ambas sienes.

—Vamos, vamos, amigo mío —Ménard parecía un tanto irritado—. Comprendo que ésa fuese su declaración ante la policía, ante el juez. Pero yo... ¡yo soy su abogado defensor! Para que lo comprenda: debe ser absolutamente sincero conmigo. Imagínese que soy su confesor (sé que usted es un creyente, un católico), cierre los ojos, recuerde y hable. De lo que yo oiga, extraeré los recursos suficientes para evitar que usted sea condenado a reclusión perpetua o... ¿Pero qué digo? —Ménard alzó las manos dramáticamente—. No sé si está al tanto de la situación política, amigo mío, pero se apunta una cierta regresión hacía posiciones conservadoras. No voy a ocultarle mis temores, así que debo decirle que es muy posible que vuelva a establecerse la pena de muerte. Y eso significaría para usted la guillotina...

¡Agorero Auguste Ménard! Confieso que cuando le oí pronunciar la palabra «guillotina», me llevé instintivamente ambas manos a la garganta.

Luego dejé caer un puño con violencia sobre la mesa en un raptó de desesperación.

—¡Lo siento, lo siento, *monsieur* Ménard! —gemí—. Pero me es imposible recordar nada de lo que sucedió aquella noche del 12 de febrero. ¡Absolutamente imposible! —Volví a golpear brutalmente la mesa y pisoteé la colilla del cigarrillo—. Compréndalo... ¿cómo explicárselo? Aquella noche yo estaba muy borracho. Había bebido sin moderación. Es posible que charlase con esa chica, ¿cómo se llama? Jeannette Glisson. Pero no recuerdo nada. Se lo juro: desde que la policía me trajo aquí, me he devanado los sesos durante decenas de horas tratando de recordar, de establecer algún hecho que me permitiera explicarme por qué me acusan de asesinato. Pero no he conseguido nada, ¡nada! ¡Nada!

Impresionado, sin duda, por mi violento desahogo, Ménard palideció.

—Cálmese, por favor —suplicó, puesto en pie—. Cálmese. Fume otro cigarrillo, si lo desea. No se excite. Así... Tenga —el abogado había sacado una pitillera dorada que me ofreció enseguida. Tomé el mechero, encendí y fumé ansiosamente durante unos segundos.

Ménard consultó sus notas.

—Veamos —dijo—. Al parecer, las personas que le acompañaban cuando usted llegó al club La Fontaine el 12 de febrero eran dos hombres y una mujer. Corrija me si me equivoco. Se trataba de Jean-Jacques Viceron, Claude Pautier y Bertine Tallain. Viceron era su socio en el negocio de Chez Warkovic, Claude Pautier un antiguo suboficial de la Legión, y Bertine Tallain, la amante de usted y animadora de Chez Warkovic. ¿Es correcto?

—Sí —respondí.

Ménard tomó lentamente un cigarrillo de su pitillera dorada. ¿O de oro auténtico? Parecía buena.

—Es extraño —expuso.

—¿Extraño? —pregunté yo, cauteloso.

—Esas tres personas estaban íntimamente ligadas a usted. Podría asegurarse que las tres eran excelentes amigos suyos, señor Warkovic. Amigos leales, quiero decir, de los que no dejan a un camarada en la desgracia.

—Sí, eso es lo que imaginaba yo —dije tristemente.

—A pesar de lo cual, según parece, Jean-Jacques Viceron ha liquidado el negocio de Chez Warkovic y ha huido. Otro tanto puede decirse de Claude Pautier y de Bertine Tallain. ¿No le resulta

raro?

—No —respondí, con un amargo movimiento de cabeza—. Usted debe saberlo, *monsieur* Ménard: las ratas huyen cuando se hunde el barco. Era yo quien mantenía boyante la marcha económica de Chez Warkovic. Si ellos supieron que yo estaba detenido, acusado de asesinato, se aprovecharon de las circunstancias, nada más. Viceron liquidó el negocio, se largó con la «pasta»... —Froté mis párpados con un ademán de fatiga—. ¿Qué quiere? Es lo acostumbrado entre gentes como nosotros. Quizá yo mismo, en su caso, hubiera hecho otro tanto.

—Pero ¡no lo entiendo! —Por alguna extraña razón, Ménard parecía muy satisfecho—. ¿Es que no va a acusarlos de complicidad? Piense que en ese caso, de alguna forma, la responsabilidad podría repartirse entre los cuatro.

—No —dije—. Es la costumbre. Yo he «caído». Yo debo cargar con todo. En cuanto a Jean-Jacques, Claude y Bertine... No quiero saber nada de ellos. Para mí están muertos.

Ménard pareció muy impresionado por mi aire de desesperación.

—Bien que no les involucre en cuestión de complicidad en cuanto a... ¡ejem! la muerte de la señorita Glisson, pero al menos debía denunciar a Viceron por haber liquidado Chez Warkovic sin su consentimiento. Tenga en cuenta que el negocio pertenecía a los dos, él y usted, y que Viceron debería, como mínimo, liquidarle su parte. Con ese dinero usted dispondría de recursos económicos que...

—¿Para qué quiero el dinero? —exclamé fervientemente—. Usted ha declarado que se ocupará con interés de mi defensa, de modo que el resto no me interesa. Mire, señor Ménard: yo no recuerdo nada, pero según he podido constatar, la policía no tiene pruebas evidentes contra mí.

—Excepto que el cadáver de Jeannette Glisson fue hallado en un Alfa Romeo matriculado en París, propiedad de Marc Warkovic, que es usted —puntualizó el abogado con frialdad.

—¿Allí la encontraron? —pregunté, sorprendido.

—Sí.

—Bien, eso puede tomarse como un dato significativo, pero nada más. Estoy seguro, por otra parte, de que usted cumplirá con el deber que le han encomendado —dije.

—No le quepa la menor duda —declaró Ménard con toda la seguridad del mundo. Me miró un momento a los ojos, como tratando de calar en mis pensamientos más íntimos y preguntó—: ¿De veras que no recuerda ningún otro dato, referente a personas, situaciones o cosas que puedan relacionarse con aquella noche, señor Warkovic? No olvide que cualquier dato, por nimio que pudiera parecerle a usted, podría ser muy eficaz para organizar su defensa.

Volví a oprimirme las sienes.

—Lo siento. Lo siento mucho, *monsieur* Ménard. Pero lo cierto es que mi memoria está en blanco respecto a lo que sucedió aquella noche. Estoy obsesionado con ello, no hago más que pensar y pensar en lo mismo, pero ¡todo es inútil! Créame, es desesperante —respondí.

Ménard se puso en pie, tras haber recogido pacientemente sus documentos, la pitillera y el encendedor de oro.

—Le comprendo —dijo. Y llamó al vigilante.

De repente se volvió hacia mí, me miró con molesta fijeza y disparó:

—Seguro que recuerda a André de Valtois.

Parpadeé.

—¿De Valtois, De Valtois? ¿Un corredor del *Tour*? —pregunté. Desconcertado, insistí—: ¿De quién se trata?

Mi abogado defensor sonrió.

—No tiene importancia. De Valtois va a ganar las próximas elecciones generales. Pero supongo que eso, a usted, le tiene sin cuidado.

—En efecto —asentí—. Lo único que me importa es salir de aquí.

El vigilante me tomó por el brazo poco amablemente y murmuró un «vamos» entre dientes.

Miré a Ménard. Estaba esperando que el vigilante me sacara de la reducida y húmeda estancia, pero todavía pronunció antes de que yo le perdiese de vista:

—Aún es prematuro para pensar en la libertad. Espero que volvamos a vernos —alzó su fría y blanca mano y el funcionario me empujó con rudeza.

No sé por qué, pero la expresión de Ménard me indujo a pensar

que jamás volveríamos a vernos.

Y así sucedió, como se verá más adelante.

CAPÍTULO III

Ya he comido el maloliente potaje, la pieza de pescado frito, excesivamente pasado.

Han sonado las nueve en algún recóndito lugar y enseguida la sirena de silencio deja oír su lúgubre trémolo.

Hay que meterse en el camastro, hay que permanecer inmóvil, hay que callar.

Silencio.

Pero no todo es silencio. Se oye, por ejemplo, el rumor apenas audible de las conversaciones susurrantes que mantienen mis vecinos de celda, las constantes oraciones sollozantes de un antiguo seminarista, Simón Galles, que ha matado hace un par de meses a su madre porque... ella le incitaba a contraer matrimonio con una joven vecina.

Más tarde es Louis Gazonnant quien prorrumpe en aullidos agudísimos, cuyos trémolos repetidos por el largo corredor, llevan la zozobra al alma del hombre más curtido.

Aguzo el oído. Se oye el rumor de pasos aplomados. Y luego la bronca voz del vigilante Mora, un coloso de dos metros de estatura y ciento cincuenta kilos de peso, que posee, además, una siniestra fama de hombre cruel, refinadamente malvado.

Según he podido percibir, el funcionario acaba de gritar un insulto al exseminarista Simón Galles. Mora suele insultar también, frecuentemente, a un español que no sabe hablar francés. Para Mora, esta circunstancia es una verdadera injuria para los franceses y el vigilante trata de enseñar su idioma al español a cintazo limpio.

Pero... ¡atención! Se oye el chirrido de una puerta al abrirse. Mora grita denuestos intranscribibles por lo groseros, mientras que el infeliz Louis Gazonnant continúa con sus locas arengas dirigidas a algún ser fantástico que jamás le presta la menor atención.

Se oyen claramente los cintarazos, asestados con el ancho

cinturón de cuero del vigilante. Gemidos, aves más propios de un animal que de una persona, tan agudos que lastiman los oídos. Es Louis Gazonnant, a quien puedo imaginarme perfectamente, tendido en el suelo, encogido sobre sí mismo, tratando inútilmente de hurtar su delgado cuerpo a los lacerantes latigazos del carcelero.

Tiemblo en mi camastro. Y me llamo cobarde por sentir miedo, pavor, auténtico terror. En verdad, me encojo sobre mi mismo como una criatura que se siente mortalmente desamparada, bajo las raídas mantas, cuyo contacto pegajoso repele casi tanto como su hedor a humana miseria.

Pasan las horas lentamente. He podido oír un rumor en el extremo de la galería. El relevo de los funcionarios. Mora se marchará a su tibio lecho del cuerpo de guardia de los vigilantes, donde hay calefacción y televisión, y uno de sus compañeros se hará cargo de la vigilancia.

Como ya empiezo a habituarme a este extraño ritual, percibo que el nuevo carcelero recorre lentamente las celdas, va echando un vistazo a cada una, mira a través de la pequeña lente de la mirilla de vidrio y prosigue su marcha. Ahora está a la altura de mi vecino de la derecha, Joseph Tirv, acusado de violar a cinco jovencitas en Lóngchamps, tras lo cual, al parecer, les arrancó el cuero cabelludo, que la policía pudo encontrar en su bello chalet de Deux-Villes.

¡Ya se acerca el vigilante! Trata de hacer sus pasos silenciosos, pero no lo suficiente como para que el rumor escape a mi oído híper-sensibilizado. ¡Ya está aquí! Se ha detenido un momento, ha observado mi figura yacente inmóvil; puedo escuchar su respiración silbante. Luego sus pasos se alejan.

Mis músculos se relajan, mi respiración se normaliza. Ahora el vigilante sigue su pausada ronda. Cuando vuelva a su garita de vigilancia, enchufará la cafetera. ¡Hmmm, café fragante y negro! encenderá un cigarrillo y se recostará cómodamente en su sillón tapizado en escay.

Y entonces habrá llegado el momento de sacar del calcetín mi precioso paquete de cigarrillos rubios americanos, hinchar mis pulmones de humo, permitir que la nicotina impregne mis bronquios y bronquiolos, disfrutar, en suma.

Ya vuelve, ya se aleja. ¡Ahora!

Me he incorporado un poco sobre el jergón, saco el paquete de

cigarrillos y lo acaricio como si se tratara de un tesoro inapreciable. Rasgo el papel celofán, saco un cigarrillo con dedos temblorosos, me lo pongo en los labios y aspiro, sin encender, el exquisito aroma...

Sin proponérmelo, mi pensamiento vuela al pobre Louis Gazonnant, el loco, que seguramente no dispondrá de un precioso paquete de cigarrillos americanos con los que hacer menos penosa su soledad.

Curioso personaje, este Louis Gazonnant. Según sabré más tarde, Gazonnant había logrado eludir hasta media docena de condenas por robo. ¿Cómo? Sencillamente, fingiéndose loco. Al parecer, su abogado defensor se lo había recomendado con motivo de un proceso en que el abogado no veía otra salida para evitar una condena de doce años. Gazonnant consiguió hacerse el loco con tal pericia que el tribunal le absolvió. Y así una y otra vez. Desde luego, tras el informe pericial de los psiquiatras, Louis era internado temporalmente en un manicomio, por disposición del tribunal. Pero... ocurrió que, de permanecer tantas veces entre verdaderos dementes, este hombre se volvió realmente loco. Tras una estancia de dos años en un centro psiquiátrico, salió, fue a entrevistarse con su abogado y... le degolló.

He sacado el estuchito de fósforos que me regaló Ménard. Y no puedo evitar el pensamiento de nuevo: ni Gazonnant, ni Simón Galles, ni mi vecino Tiry dispondrán de unos cigarrillos con los que compartir su soledad, su total aislamiento.

Pero ¡qué remedio! Rasco una cerilla, prendo el cigarrillo y doy una profunda chupada. ¡Qué deleite! El humo brota abundante de mis labios, flota en hilillos sobre la húmeda celda. Por un momento pienso si el aroma del cigarrillo no se escapará por los resquicios de la puerta y se extenderá hasta la cabina del vigilante.

Pero no. ¡Qué tontería! Fumo con ansiedad, locamente. Quizá en vez de fumarme uno, me fume dos. O tres, quién sabe. Mañana pueden cachearme, quitarme el tabaco, arrestarme. Pero ¿aún más?

Aspiro el humo profundamente. Y de improviso mis pulmones se niegan a expeler el humo. Me agito, espasmos terribles sacuden mi pecho, quiero toser, arrojar fuera algo que convierte mis pulmones en fuelles de acero. No puedo advertirlo, pero mi rostro se torna rojo, luego azulado y negruzco.

El cigarrillo ha caído sobre la tela del jergón de un epiléptico manotazo. Trato de inspirar oxígeno, pero es imposible. Mis pulmones están paralizados, mis labios saben amargos, mis entrañas parecen arder y mi cuerpo se cubre de sudor.

El pensamiento, terrible, llega inmediatamente:

«¡No puedo respirar! ¡Voy a morir!».

En un último y desesperado esfuerzo salto fuera de la cama y caigo sobre el frío pavimento.

Veo que el cigarrillo humea sobre el grasiento jergón. Es lo último porque inmediatamente mi visión se borra y mi cabeza golpea contra las grises baldosas que forman el pavimento de mi celda.

CAPÍTULO IV

No hay enfermeras pero los enfermeros reclusos son amables y se interesan por mí. «Bajo cuerda» me proporcionan algún que otro cigarrillo aunque los médicos han prohibido taxativamente que fume. De todas formas, mi aparato respiratorio va recuperándose lentamente de una intoxicación que pudo ser fatal.

Sí, ahora sé que estoy vivo de milagro. Las lesiones producidas en mis pulmones han obligado a mantenerme bajo vigilancia intensiva durante cuarenta y dos días en un hospital penitenciario de los alrededores de París.

Ahora estaría muerto si a un vigilante de prisiones no se le hubiera ocurrido prestar atención a un rumor desacompasado, si un cigarrillo rubio no hubiera prendido fuego a la colchoneta de mi cama, sí... Pero ¿para qué seguir? Estoy vivo y basta.

Pero ¿por cuánto tiempo?

Auguste Ménard, mi abogado defensor «de oficio», no ha vuelto a aparecer. Según un oficial del juzgado, ha tenido que alejarse de París para atender —¡grotesca casualidad!—, a una anomalía respiratoria. Litoral, yodo marino, pinos mediterráneos y... todo eso.

Por mi parte no hago otra cosa que formular preguntas. ¿Qué me ocurrió? ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Quién...?

El doctor Breuille se ha limitado a confesar que me trató de «asfixia aguda, insuficiencia cardíaca, colapso respiratorio»... La verdad es que no he logrado establecer si Breuille no sabe más o no quiere decir más.

Pero ¿qué puede saber este abnegado médico del hospital penitenciario? A él le trae una ambulancia docenas de casos como el mío. El buen hombre se limita a tratar de salvar la vida de una persona sin hacer preguntas. Porque al fin y al cabo aunque preguntara nadie le respondería, probablemente.

Otra vez me rodea la sensación de inseguridad, de peligro inmediato. A veces dudo en probar un filete mignon o unas verduras estofadas. Lo cierto es que aquí me tratan bien, no hay dureza en los semblantes y me siento un tanto consolado.

He llegado a la conclusión de que, si alguna ventaja tiene un preso, ésa es precisamente el tiempo. El tiempo con mayúsculas. Yo jamás duermo ocho horas cada día. Con cinco o seis tengo suficiente. El resto lo utiliza mi cerebro en pensar sin descanso. Pensar, pensar... ¡pensar!

Y cuando esas llamadas «facultades del alma» se ejercitan continuamente, el resultado puede llegar a sorprender al más sabio.

Aquí, en el hospital, yo pienso, pienso mucho. De hecho es mi única actividad consciente.

Vuelvo con el pensamiento a mi celda de la prisión. 20 de febrero, la entrevista con el abogado Ménard, su regalo de un paquete de cigarrillos.

«Sus cigarrillos me envenenaron», brota, rápida, la deducción.

Pero seamos cautos, no hagamos juicios precipitados. Repasemos, entonces, cuidadosamente, cada palabra, cada gesto, cada momento.

Ménard no ha podido envenenarme con su cigarrillo porque también él fumó durante nuestra entrevista.

Vamos a recordar exhaustivamente. Veo a Ménard en el locutorio de jueces y abogados, me invita a sentarme, se presenta, deja un paquete de Winston y un mechero sobre la mesa, me invita a fumar, incluso a quedarme con algunos cigarrillos, me da el estuche de fósforos...

Calma. Sigamos. Voy a tomar el paquete de cigarrillos, pero él se anticipa, coge la cajetilla, selecciona cuidadosamente un cigarrillo, me lo ofrece. ¡Eso es! Él no me permite que yo coja un cigarrillo... ¡es Ménard quién lo elige cuidadosamente para mí! Deducción: a él no le convenía que yo fumase los otros cigarrillos en el locutorio, sino después, a solas en mi celda. De esta forma, Ménard queda libre de implicaciones.

Muy bien. Es una deducción brillante. Y tanto más en cuanto se apoya en otra clara observación: cuando me excité en su presencia y traté de sacar un cigarrillo del paquete que había ocultado en mi calcetín, Ménard se apresuró a sacar su pitillera de oro antes de que

yo pudiera fumar de los cigarrillos que él mismo me había ofrecido. Y después, él fumó un pitillo de la misma pitillera.

Consecuencia clarísima: Ménard, por alguna extraña razón que se me escapaba, había intentado matarme.

Yo estaba convencido ya de esto, pero rumié mis pensamientos por largos días. Y luego exigí que se presentase un juez, un oficial del juzgado, quien fuese, para entregarle mi denuncia contra Auguste Ménard.

Transcurrió una larga semana antes de que apareciese un caballero de unos cincuenta años, cuya apariencia burocrática era perceptible: olía a plumífero a cien kilómetros de distancia.

Se llamaba Bertrand Panard y debo confesar que me oyó en silencio desde el principio al final. Y luego, se rió. Se reía de mí a carcajadas, literalmente.

—Pero, señor Warkovic, ¿cómo puede ocurrírsele tamaña insensatez? —se regocijó—. ¡Pensar que *monsieur* Auguste Ménard pudiera estar involucrado en una cosa así! Pero ¡si es el abogado más honorable de París! Si usted le conociera tan bien como yo, ahora mismo estaría arrepentido de haber pensado tamaña...

—... Insensatez. Ya lo sé. Pero quiero presentar la denuncia. Es muy sospechoso que Ménard haya huido precisamente ahora —insistí tercamente.

—*Monsieur* Ménard no ha huido. Hacía tiempo que se sentía enfermo. Y su médico le recomendó, por último, que se tomase un respiro. ¿Piensa seguir manteniendo en pie esa ridícula denuncia?

—Sí —respondí, firme.

Bertrand Panard salió bufando de mi habitación, poco después. Como quiera que no se molestó en cerrar la puerta, pude escuchar algunos fragmentos de la conversación que mantuvo con el doctor Breuille.

—Ya sabe lo que son los presos, doctor. Infundios, fantasías, mil tretas para evadir su responsabilidad. Por supuesto, en el caso de Warkovic, esto es más que evidente. Posiblemente tendrá que afrontar una condena a cadena perpetua, así que todo se explica por...

Al fin se marchó. Pero yo entendí las cosas en su justo significado: mi denuncia contra Ménard tenía apenas el valor del papel mojado. Le darían curso, tal vez, pero el asunto iría

diluyéndose burocráticamente hasta desaparecer por completo.

Pero yo estaba seguro de que los cigarrillos que Ménard me había regalado eran mortíferos. Sin embargo, opté por no seguir insistiendo: antes o después volvería a la prisión —yo me proponía retrasar esta vuelta todo lo posible—. En la cárcel intentaría averiguar adonde había ido a parar mi paquete de cigarrillos. Porque si alguien había tenido la tentación de fumar uno solo de aquellos pitillos, no cabía duda de que hubiera resultado tan afectado como yo.

El 17 de abril me devolvieron a la prisión. La buena alimentación, los cuidados de médicos y enfermeros me habían hecho ganar algunos kilos de peso, que me servirían de mucho en adelante.

La suerte me acompañó. Fui destinado exactamente a la misma galería y a la misma celda: la 62. Joseph Tiry, el violador, seguía a mi derecha, pero el demente de Louis Gazonnant se había ahorcado con la funda de su jergón, hecho tiras.

Transcurrieron cuatro días. Al quinto, La Garduña penetró en mi celda para dejar la escobilla y el trapo y se me quedó mirando.

Era la suya una mirada tan llena de lúbrica maldad que cualquier otro se hubiera sentido impresionado, pero yo supe resistir sin pestañear.

—Puedo traerte un kilo, si quieres —susurró.

¡Un kilo! En la jerga penitenciaria, un kilo significaba un litro de vino.

—¿Cuánto? —pregunté.

—Diez pavos —respondió^[3], sin pestañear.

—Tráelos —le dije—. Te pagaré en cuanto me entreguen lo mío.

Había llegado a la prisión con unos mil seiscientos francos en los bolsillos, pero no me permitirían gastar aquel dinero hasta que no terminara mi período de observación en celdas.

—Al fiado, quince francos el kilo —dictaminó La Garduña, tajante.

—Es caro, pero acepto. A cambio de algo.

—¿De qué? —susurró, dirigiendo una desconfiada mirada a la galería.

—Me interesa saber quién se fumó mi paquete de Winston —exigí.

El recluso se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—Está bien, te lo diré, pero si hablas a alguien de esto te arrepentirás, Warkovic.

—No pienso decir nada. Yo sólo quiero saber quién se fumó mi Winston. Es un capricho, si lo prefieres así. Habla.

La Garduña avanzó dos pasos en el interior de mi celda, apoyó la cadera derecha en el pingoso muro y murmuró como un magnetófono:

—Fue Bargallon, el «boqui» de vigilancia. Vino corriendo a mi celda, me despertó y me obligó a venir aquí. Tú estabas en el suelo y el jergón ardía a llamaradas. Bargallon vio el paquete de Winston en el suelo, lo cogió, le echó una ojeada a los cigarrillos y... Luego lo echó al retrete y vació la cisterna de agua.

—¿Por qué?

—No lo sé. Debe estar «majara». Es un tío que se deja comprar por un cartón de tabaco americano —respondió La Garduña. Y rápidamente salió, cerró la puerta por fuera y se alejó.

CAPÍTULO V

Al fin se ha terminado mi aislamiento. Se ha abierto la puerta de mi celda, ha aparecido un atildado jefe de servicios y me ha comunicado que me trasladarán a otra celda, me darán un uniforme y me permitirán pasear con otros reclusos durante un par de horas diarias.

Interiormente, estallo de alegría, porque son ya casi tres meses de aislamiento y empezaba a temer que mis facultades mentales comenzasen pronto a perturbarse. Porque no hay duda de que el aislamiento, la soledad, la angustia, el temor y la absoluta desinformación generan verdaderos dementes en las prisiones.

Poco después de marcharse el jefe de servicios, torna a abrirse la puerta y aparecen el vigilante Bargallon y un recluso de cabeza completamente calva. Bargallon me observa en silencio un momento y luego me ordena que recoja mis cosas. ¿Mis cosas? El plato, la cuchara y el pedazo de tela que me sirve de toalla, éstos son mis pobres enseres.

Me da pena dejar el viejo número de Paris-Hollywood que ha hecho menos penosa mi existencia en esta celda, pero no hay más remedio que olvidarse de él, si no quiero complicar las cosas.

Salgo de la celda, escoltado por Bargallon y el recluso. Dirijo una mirada de aprensión a la enorme galería II y comenzamos a ascender una empinada escalera de hierro. Mientras subimos hasta la cuarta planta, se me ocurre pensar dónde habrá ido a parar mi cuchilla de afeitar. Yo la guardaba, perfectamente escondida, en el puño de mi camisa, pero cuando volví a la prisión ya no estaba. Sin duda debieron desposeerme de ella en el hospital penitenciario.

Mientras subimos, pienso también, esperanzado, si me incluirán en una celda habitada por otros presos. Si fuera así, las horas serían menos tediosas, pero...

Avanzamos por el corredor de la planta cuarta y dirijo una

mirada temerosa hacia abajo. Treinta y cinco metros de altura. ¿Cuántos desgraciados se habrán arrojado desde allí de cabeza para poner fin a sus sufrimientos y soledades...?

El recluso abre la puerta de la celda 110 y me invita a pasar y Bargallon me entrega una hoja impresa. Es el extracto del reglamento penitenciario, que debo cumplir al pie de la letra si deseo que mi estancia en prisión sea menos amarga.

Se me ocurre preguntarle a Bargallon por qué la noche en que estuve a punto de morir intoxicado, él se apresuró a tirar al retrete el paquete de Winston, después de echarle una ojeada. Sospechoso, ¿no? puesto que al vigilante le gusta tanto el tabaco rubio americano. Pero desisto de preguntarle: hay preguntas mil veces peligrosas.

Bargallon se aleja. El recluso de la cabeza brillante se demora un momento. Me mira con una pizca de conmiseración y se presenta: le llaman Bale y es el encargado de la planta cuarta de la galería segunda. Antes de marcharse me advierte:

—Ten cuidado con Henri Julep. Ingresó tres días después de venir tú y hay quien sospecha que ha venido a darte el pasaporte.

—¿A mí? No comprendo... —murmuro.

—Allá tú, Warkovic. Pero yo no me despreocuparía. Julep es un mal bicho —en el exterior suena el vozarrón, bronco por el Pernod, del vigilante Bargallon llamando a Bale, y éste se despide enseguida —. Lo dicho, no te descuides.

La puerta de la celda se cierra y yo quedo inmóvil en el centro, dominado por la incertidumbre.

¿Henri Julep? No sé quién es ni recuerdo a nadie que se llame así.

Bale dice que se sospecha que Julep ha venido a la prisión a darme «el pasaporte». Es decir, a asesinarme...

Confieso que he estado en prisión dos o tres veces, pero no conozco tan bien como fuera de desear este mundo de enigmas, trampas, miserias y traiciones. Sin embargo, sí he oído hablar de individuos que cometen un pequeño delito con el objeto de ingresar en prisión por unos meses. Recuerdo ahora el caso de Julien Warand, por ejemplo.

Warand armó una violenta trifulca en Chez Warkovic una noche de noviembre. Destrozó la mitad del mobiliario, destrozó un piano

Hammond y se cargó toda la cristalería fina de mi local. No contento con esto, puso fuera de combate a tres de mis empleados y lesionó levemente a varios clientes. Cuando se lo llevaba la policía, susurró a mi oído:

—Esto no va contra ti, morí vieux ami. Tengo que encontrarme en la prisión con mi compadre Félix Durand, tú comprendes.

Yo no comprendí entonces. Pero lo entendí cuando alguien me dijo que Durand había violado a Delphine, única hija de Warand, una preciosa chiquilla de catorce años. Lo cierto es que Warand fue a la prisión, se encontró con su compadre Durand y, después de acogotarlo a solas en una celda, le obligó a tragarse una botella de cloro activo. No hay que decir que las entrañas de Durand se convirtieron en gelatina...

Pero ahora no se trataba de aquel cochon de Durand, sino de mí. Según Bale, Julep se había hecho ingresar en la prisión para matarme a mí. Pero ¿por qué, diable?

Traté de desechar aquel asunto con un gran esfuerzo de voluntad. Quizá Bale se había confundido, tal vez existiese otro Warkovic en la prisión...

Dediqué, pues, los siguientes minutos a «explorar» ávidamente mi nueva «vivienda». La celda era un poco más amplia, un poco más limpia, un poco más luminosa. El jergón era de mejor calidad, al igual que las mantas. E incluso disponía de un pequeño y desportillado lavabo.

Aunque estaba prohibido durante el día, desenrollé el camastro y palpé aquí y allá, tratando de hallar algún raro tesoro, legado de algún desconocido preso que hubiera pasado por allí, pero no encontré nada.

Subí sobre el respaldo de la cama de hierro y me asomé al ventanuco. A través de la neblina que flotaba sobre los tejados, descubrí el familiar panorama de París, lejano e inaccesible. Sentí un leve escozor en los ojos... ¿cuándo volvería a caminar libremente por Montmartre y Montparnase, cuándo me sería posible recorrer los boulevares y deambular por las tiendas y los bistrots?

De repente, mis ojos se posaron sobre el pequeño rectángulo plateado que brillaba en el marco metálico. ¡Una cuchilla de afeitar, absolutamente nueva...!

La cogí, la observé, dominado por la sospecha. ¿Un legado de

otro preso o... una oferta deliberada para el suicidio? Al cabo, volví a dejar la cuchilla en el mismo lugar; al fin, si la necesitaba urgentemente, siempre podría encontrarla en aquel lugar.

A la una resonó el toque de sirena que anunciaba el rancho de mediodía. Tomé mi plato y mi cuchara y me aproximé a la puerta. Desde el exterior llegaban rumores metálicos y algunas voces excitadas. Oí un chirrido prolongado que se aproximaba, y la puerta se abrió: la gran perola humeante, los dos rancheros, Bargallon y Bale. Un plato de judías estofadas, una hamburguesa reseca y el panecillo.

Cuando se disponía a cerrar. Bale se aproximó excesivamente a mí, interponiendo su cuerpo ante el vigilante. Fue el suyo un movimiento increíblemente rápido y natural, pero yo pude advertir que el encargado de la cuarta planta me introducía algo subrepticamente en el bolsillo de mi chaqueta gris.

Una gran agitación se apoderó de mí. La puerta se cerró bruscamente y el chirrido del carrito de las perolas se alejó.

No metí mi mano en el bolsillo, temeroso de que Bargallon me estuviera espionando a través de la mirilla. Me senté sobre el borde del camastro y comencé a comer sin gran apetito.

Sólo cuando los rumores cesaron por completo y hube arrojado al retrete los residuos de mi rancho, dejé el plato en el suelo, me senté en la taza del wáter y metí la mano en mi bolsillo izquierdo.

Saqué un pequeño envoltorio de papel plateado. Dentro del forro de Gitanes había tres cigarrillos rubios y tres cerillas. Pero alguien había escrito algunas líneas en aquel papel, que leí ávidamente:

«Un pequeño regalo de tu amigo LaRóle. Estoy en la planta tercera, con un buen “embolado”^[4]. Te ayudaré. Ojo con Julep, Bale te informará en cuanto tenga oportunidad. Puedes fiarte de él. Saludos.

»LaRóle.

»P. S. Tira este papel al retrete. Si te lo encuentran complicaríamos estúpidamente al buen Bale».

Volví a releer, estupefacto, la corta misiva. Y enseguida, hice una apretada bola con el papel y lo arrojé al retrete. Vací la cisterna y me levanté.

Estuve unos minutos con la oreja pegada a la puerta y luego

tomé un cigarrillo, rasqué un fósforo y fumé con avidez.

Por un momento pensé si aquellos cigarrillos no supondrían un atentado criminal. Pero pensé en LaRóle, sonreí y seguí fumando. No. LaRóle podría ser un truhan, un pillo redomado y un vivillo, pero jamás un traidor.

Abrí el ventanuco para evitar que el humo se acumulase en la celda y fumé apaciblemente hasta que advertí que estaba quemando el filtro, que arrojé seguidamente al retrete.

¡LaRóle en prisión! Por fin, el escurridizo y pequeño marsellés había sido cogido in fraganti. ¿Cómo se había producido aquel milagro?

Conocí a Justin LaRóle hacía 1969. Por entonces, Justin se dedicaba a un lucrativo negocio, ilegal, por supuesto: facilitaba la inmigración a Francia de los jóvenes campesinos portugueses que trataban de escapar al servicio militar en la candente Angola.

Este tipo de «trabajos» que tenían muy mala prensa en Francia y en toda Europa: se sabía de individuos que ahogaban o asesinaban a los incautos portugueses antes de pasar la frontera hispano-francesa, con el único fin de evitar para sí los lógicos riesgos de la peligrosa travesía.

Por eso, cuando Justin LaRóle me propuso participar en su negocio me negué categóricamente.

Pero él me demostró que, en cierto modo, el suyo era un trabajo honorable y leal. Compraba en España viejos camiones militares de desecho —a través de sus enlaces en Barcelona—, y recogía en ellos a los portugueses en Galicia. Los viajes se llevaban a cabo por la noche y Justin no vacilaba en utilizar incluso uniformes y placas de matrícula del ejército español con el fin de salvar cualquier control de carretera.

Es, como digo, un tipo inteligente, lleno de recursos, imaginativo y escurridizo como una anguila.

Para explicarme su deseo de que yo me convirtiera en su socio en aquella actividad clandestina, arguyo lo siguiente:

—Mi anterior socio, Barrier, se las ha «pirado» con mi dinero, la guardia civil española se ha incautado de mis cuatro camiones y ahora me encuentro en la imposibilidad de cumplir con los «contratos» preparados por mi corresponsal en Portugal. Podría pedirte el dinero necesario prestado, pero tú vales lo suficiente

como para convertirte en mi socio. Ganancias a partes iguales, ésa es mi oferta.

Me expuso minuciosamente los detalles de aquellas operaciones. Aunque el trayecto fuera más largo, prefería pasar a «sus» portugueses a través de la provincia de Gerona, puesto que las provincias vascas estaban fuertemente vigiladas ahora, comprobando el auge de las acciones terroristas etarras. Hablando, Justin parecía un general planeando una operación estratégica que no permitiera el menor margen de error.

La verdad es que parecía dominar el tema a conciencia y los beneficios eran más que tentadores.

—Escucha, Marc: tenemos trabajo seguro para más de un año. Justin LaRóle cobra más que nadie, pero jamás ha fallado un viaje. Tengo miles de ofertas de mis corresponsales en Portugal: todos confían en el viejo LaRóle. ¿Te decides o qué...?

Mi afán aventurero fue el que inclinó la balanza. Puse el dinero que Justin necesitaba: cien mil francos fuertes, y comenzó nuestra sociedad. Confieso que recuperamos el dinero en un mes y que nuestros bolsillos empezaron a llenarse rápidamente con los beneficios conseguidos.

Pero en 1970 ocurrió la catástrofe. Viajábamos hacia Gerona por una carretera comarcal; eran las tres de la madrugada. Con suerte, nuestros cincuenta portugueses estarían más allá de los Pirineos antes del alba.

Justin y yo nos alternábamos en la conducción de aquel viejo cacharro, un GMC, tipo guerra, de la campaña de Corea, con un asmático motor de gasolina, que Justin obligaba a funcionar a base de diluir aditivos rarísimos en el combustible.

A unos treinta kilómetros de Barcelona, Justin detuvo el camión en una estación de servicio. Me extrañó, porque hacía poco tiempo que nos habíamos detenido en otra gasolinera a llenar el depósito de gasolina, pero no se trataba de eso. Vi a Justin hablando con el empleado y volvió poco después, preocupado.

—Han atracado un Banco en Gerona. Las carreteras están vigiladas a lo largo de la frontera. Tendremos que alterar la ruta —dijo.

—¿Hacia dónde? —pregunté.

—El Pirineo de Lérida, tal vez Andorra —respondió y me rogó

—: Conduce tú mientras yo estudio el mapa.

Viajamos hacia el norte hasta alcanzar la provincia de Lérica. Las sinuosas carreteras, las cotas cada vez más elevadas, obligaban al viejo camión a avanzar lentamente. El motor se caldeaba excesivamente y a veces apenas superábamos los veinte kilómetros por hora. Justin movía la cabeza y consultaba continuamente su reloj, hondamente preocupado.

A las cinco de la madrugada nos encontrábamos a más de ochenta kilómetros de la frontera. Podíamos elegir entre continuar a la desesperada o detenemos en algún tupido lugar del bosque, pasar el día y proseguir el viaje a la noche siguiente.

Yo me inclinaba por la segunda solución, pero Justin estaba ansioso por terminar la peligrosa aventura y me pidió que siguiésemos adelante.

A las seis de la mañana alcanzábamos un pueblo llamado Miracle. Estábamos atravesándolo cuando el vapor brotó a tufaradas bajo el capot. Era preciso descender, esperar a que el motor se enfriara, echar agua al radiador... y todo eso en el centro de un pueblo. El motor se había parado, gripado, seguramente. Intenté arrancarlo desesperadamente, pero no lo conseguí. Y entonces los portugueses comenzaron a abandonar su refugio bajo la lona, portando sus maletas.

Uno de ellos señaló el cartel de obras públicas y prorrumpió en un jubiloso:

—¡Miracle, Miracle! ¡Ya agora estamos mestno na Francia!

Y descendieron tumultuosamente y se desparramaron, corriendo hacia los dos bares que acababan de abrir sus puertas. En dos minutos, no quedaba un solo portugués en el camión.

Miré a Justin, despavorido.

—¿Qué diablos pasa? ¿Qué dicen los portugueses? —grité.

—Green que estamos en Francia —mi socio señalaba patéticamente el rótulo que anunciaba el nombre de la localidad^[5] —. Creo que lo mejor será que nos larguemos.

Nos apartamos del camión, aleñados. Muy a tiempo, porque la algazara armada por los portugueses atrajo inmediatamente la atención de una pareja de la guardia civil. Les vimos examinar minuciosamente el GMC y luego penetrar en los bares en los que los portugueses trasegaban va docenas de copas de aguardiente barato.

—¿Qué hacemos? —pregunté, indeciso.

—Alquilar un automóvil y procurar pasar la frontera. Cuanto antes —respondió.

Entramos en el pueblo y encontramos un coche de alquiler. Su dueño exigió el pago por anticipado y luego sacó pausadamente el automóvil de su garaje a todo lo cual se hizo de día.

Por fin, nos vimos viajando hacia el norte. Acababa de salir el sol, cuando a la entrada de una pequeña localidad llamada Creu vimos un control establecido por la guardia civil.

—¡Pare, pare! —chilló Justin al conductor. Pero el hombre siguió adelante, impávido, como si tal cosa.

Cambiamos una mirada. Como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, cada uno de nosotros saltó fuera del automóvil a izquierda y derecha. Por mi parte, rodé dolorosamente sobre el irregular alquitrán y caí dando tumbos por la pronunciada pendiente.

Dolorido y todo, me escurrí por una riera y corrí con toda mi alma chapoteando sobre la orilla.

Al atardecer alcancé la frontera. Esperé hasta la noche y la crucé sin que nadie me lo impidiera. Por fortuna, disponía de unos centenares de francos y me fue fácil volver a París.

A lo largo de los días siguientes, intenté obtener noticias acerca de Justin LaRôle, pero nadie sabía nada de él. Supuse, pues, que la guardia civil le había capturado y que, probablemente, Justin estaría cumpliendo condena en alguna ignorada prisión española. Como, por mi parte, no estaba dispuesto a continuar con el peligroso negocio de los portugueses —bastante tenía con el incidente de Miracle—, me olvidé del asunto, aunque lamentando la mala fortuna de mi pobre socio LaRôle.

Y he aquí que ahora Justin estaba en la misma prisión francesa que yo. Bueno, la verdad es que la noticia no podía ser más agradable. En una situación tan amarga como la mía, podría contar con la inestimable ayuda de un tipo tan fogueado como Justin.

Guardé mis dos cigarrillos en la pata hueca de mi cama y me dispuse a esperar la hora del paseo.

A las cuatro se abrió la puerta de la celda y apareció el calvo Bale, que murmuró sin mover los labios:

—Ten cuidado con Julep. Es alto, fuerte, pelo negro, con entradas, una cicatriz en la garganta —Bale dijo «chirlo»—. Cojea

de la pierna izquierda y tiene tres «piños» (dientes) de oro. Le verás en el patio. Procura mantenerte lejos de él. Verás también a LaRóle, pero no intentes entablar conversación con él. Bargallon te devolvería a la celda.

Dijo todo esto tan rápidamente que estuve a punto de rogarle que lo repitiera, pero ya el encargado de la planta cuarta gritaba a voz en cuello:

—¡Warkovic, dos horas al patio!

Salí. Miré con curiosidad a los hombres que aguardaban en el corredor. Miradas huidizas, ojos profundos, facciones descoloridas...

Se oyó el silbato del vigilante Bargallon y nos pusimos en marcha, marcando el paso en hilera y escoltados —y yo diría que acosados—, por los encargados de planta.

Descendimos la escalera metálica, alcanzamos la planta baja, se abrió un rastrillo y penetramos en un patio gris de forma triangular y rematado por muros de ladrillo de seis metros de altura. En uno de los ángulos, un centinela se apoyaba indiferente sobre la ametralladora montada en un trípode. A la izquierda del guardia había un enorme foco, cuya luz recorría intermitentemente los muros del edificio, por la noche.

Bargallon hizo avanzar la hilera hasta formar un círculo. Entonces dejó de utilizar su silbato, pero advirtió con su bronca voz que debíamos caminar sin detenernos, guardar la misma distancia entre preso y preso y no cambiar una palabra ni intentar pasarnos ningún objeto.

Éramos unos ciento veinte hombres los que formábamos el círculo. Ávidamente, miré aquellos rostros y vi a LaRóle. Él también estaba mirándome y sonrió. Fue como si dijese: «Calma, muchacho. Todo va bien».

Pero poco después vi a Henri Julep. Era el individuo que caminaba diez puestos por delante de mí y se volvía disimuladamente de cuando en cuando a mirarme.

Le reconocí enseguida, y eso que sólo disponía de los datos que Bale me había proporcionado acerca de aquel tipo. Julep era, en efecto, un hombrón de un metro noventa, de hombros anchos, angulosos. Lo mismo que su rostro, de mejillas demacradas, nariz ancha, labios delgados, descoloridos, ojos negros, hundidos,

malignos.

He visto la blanca mancha de su cicatriz del cuello, un pavoroso tajo que va desde la oreja izquierda a la tráquea. ¡Dios mío! ¿Cómo es posible que un hombre que ha recibido una cuchillada tan feroz logre sobrevivir? Misterio.

Julep se vuelve a mirarme, una y otra vez, hasta conseguir ponerme nervioso. Es como si el brillo malévolo de sus ojos dijese: «No hay escapatoria. Está escrito que te alcanzaré y te mataré».

Pero ¿por qué? ¡Yo no conozco a este hombre, no le he hecho ningún mal!

Pero adivino las razones que este Henri Julep puede tener para asesinarme: dinero. ¿Cuánto? ¿Treinta, cincuenta mil francos...?

Trato de desentenderme de él. Camino rítmicamente llenando mis pulmones del aire fresco de este mes de mayo, todavía brumoso y destemplado. De cuando en cuando miro a Justin LaRóle y este sonríe animosamente, tranquilizándome. Traduzco esta amistosa mirada: «No temas. Yo estoy aquí y puedo ayudarte. Julep intentará matarte, qué duda cabe, puesto que aquí todos cumplimos un rol. Pero no lo conseguirá. Ten confianza».

CAPÍTULO VI

Monótonamente van transcurriendo las dos horas de paseo. Sin embargo, cuando suena el silbato de Bargallon, me siento triste y preocupado al comprender que hay que volver a la celda.

Son las seis. Los presos abandonamos el patio en orden inverso a la llegada. Es decir, ahora desfila en primer lugar la planta cuarta, la tercera, etc.

Cruzamos el pavimento de la galería, ascendemos la escalera. Voy con los demás presos por la tercera planta cuando oigo un agudo silbido. Me detengo un momento y me vuelvo: es Justin LaRóle quien me envía su penetrante aviso.

En la escalera que asciende de la primera a la segunda planta se produce un cierto tumulto. ¡Henri Julep corre escalera arriba, apartando con brutales codazos a los que se interponen en su camino! Se detiene un momento en la segunda planta y mira hacia arriba, me mira a mí. Y yo sé lo que va a ocurrir: Julep viene a matarme.

Angustiado, dirijo una mirada abajo. Bargallon charla distraído con otro vigilante. ¿Está verdaderamente distraído o... sólo lo finge para desentenderse de lo que va a ocurrir arriba?

Camino rápidamente hacia la cuarta planta, dónde está mi celda. Y allí me detengo como galvanizado. Julep sigue, impertérrito, su violenta ascensión. Alguien se le interpone y Julep cae rodando. ¡Mi amigo Justin!

Julep se incorpora, le mira ferozmente un instante, pero enseguida prosigue su camino, siempre hacia las alturas. ¡Y el vigilante Bargallon sigue conversando tranquilamente con su compañero en la planta baja...!

Ya sube la escalera hacia la planta cuarta. Hay un brillo de animal salvaje y sanguinario en sus ojos hundidos. Pero en mitad de la escalera, Bale le detiene. Discuten, forcejean, pero Julep es más

fuerte y Bale rueda escalera abajo.

Ya está aquí Julep. Se ha detenido a tres pasos de distancia, me contempla en silencio, de arriba abajo, como calibrando la clase de enemigo que seré yo.

—¿Recuerdas a Jeannette Glisson? —Le oigo gruñir, rechinantes los dientes—. Era una de mis chicas. Y tú la asesinaste, Warkovic. Ahora te toca a ti.

¿Jeannette ligada a Julep? ¡Absurdo! Es como si una corza emparejase con una hiena macho.

De repente, Julep salta hacia mí. Como tengo asido el marco de la puerta de mi celda, la empujo con todas mis fuerzas y Julep choca brutalmente contra esta hoja de madera forrada de gruesa chapa metálica.

Deja escapar un gemido y retrocede con la nariz rota y el rostro ensangrentado. Bale, que acaba de llegar a la carrera, le empuja hacia la escalera y desaparecen, mientras algunos presos hacen desaparecer con las suelas de sus botas y alpargatas las manchas de sangre que forman un reguero sobre el piso.

Entro en mi celda. ¿Qué ocurrirá ahora?

No ocurre nada. Bale aparece en la puerta, sonrío levemente y dice:

—Muy bien. No pasará nada. Julep sabe que debe callar. Pero no te descuides: sé que volverá a intentarlo.

—Gracias —murmuro. Y Bale cierra la puerta.

Es terrible. Dos presos pueden pelearse ferozmente, incluso matarse, y esta gente, los vigilantes, permanecen al margen de la tragedia.

Media hora después recibo la cena. Bargallon me mira un momento, insistentemente. Es la misma mirada de Julep antes de abalanzarse sobre mí: el vigilante me está calibrando, quizá valorando las posibilidades que tengo de sobrevivir.

Estoy deseando poder extender mi colchoneta, arreglar la cama y meterme en ella. Entonces llegará el momento de fumar mi segundo cigarrillo y alcanzar la liberación que produce el sueño. Porque, eso sí, el sueño es la única clase de libertad que posee un preso. Y yo, por fortuna, todavía no he soñado una sola noche con la prisión.

Pienso en Henri Julep. Desde luego estoy seguro de que Julep no

tenía la menor relación con Jeannette Glisson. La idea comienza a afianzarse en mi cerebro: alguien ha enviado a este matón contra mí.

En cuanto a mi proceso, los jueces parecen haberse olvidado de mí absolutamente: no recibo la menor comunicación oral o escrita. ¿Es que no van a adjudicarme un nuevo abogado de oficio?

No tengo prisa en salir, en lograr la libertad. En cierto modo, me siento más seguro en la cárcel. Es decir, me sentía antes de saber que Julep viene a por mí.

Hay un recuento. Bargallon y el encargado Bale pasan rápidamente ante mi celda, miran y se van. Luego, al fin, se oye el toque de sirena de silencio.

Hago rápidamente la cama después de sacar un cigarrillo y un fósforo de mi cilíndrica «caja fuerte». Espero media hora hasta que los característicos ruidos de la prisión se van desvaneciendo y se hace el silencio.

Enciendo el cigarrillo y fumo golosamente hasta que la pequeña brasa quema las yemas de mis dedos.

Ahora me siento más sereno y relajado. Es posible que incluso logre conciliar el sueño enseguida, evadirme dulcemente de la prisión por unas cuantas horas.

Pero no. El sueño huye, los recuerdos acuden presurosos...

Es curioso: apenas he vuelto a recordar a la rubia Bertine, la preciosa muchacha a la que he estado ligado desde que Sally y yo nos divorciáramos. En cambio he recordado mil veces a Sally. Y yo conozco la razón: de alguna forma, sigo aún ligado a Sally Connors.

Sally era una bella muchacha cuando yo la conocí. Tenía veinte años, había terminado la carrera de periodismo en Nueva York y estudiaba literatura francesa en La Sorbona.

La vi una noche en mi propio negocio de Montparnasse, Chez Warkovic. Estaba sentada a una mesa, bebiendo Coca-Cola

con hielo picado y contemplaba muy interesada el espectáculo.

Tenía un aspecto muy atractivo y lozano. Era morena, con el cabello suelto y brillante, una carita redonda con pómulos de melocotón maduro, ojos grandes y vivarachos y unos labios carnosos muy expresivos...

Recuerdo que un borracho se acercó a ella y la importunó. Sally

trató de despedir a aquel hombre, pero el individuo era terco e insistía tenazmente. Ella volvió la mirada, sus ojos se encontraron con los míos, suplicantes.

Tuve que arrojar a aquel individuo por la fuerza de mi establecimiento. Luego volví a la mesa en la que seguía Sally, un poco azorada tras el incidente.

—Lo siento —me disculpé—. Algunos franceses creen que en toda muchacha americana hay una aventura a la vista.

—¿Y usted no piensa lo mismo? —preguntó, chispeantes los ojos y fruncidos los labios en un mohín encantador.

—No me gusta conquistar a nadie por la fuerza —respondí. Y agregué—: Permítame que la casa la invite, como desagravio. Soy Marc Warkovic, uno de los dueños de este local.

Aceptó, encantada. Juntos bebimos un par de combinaciones y más tarde bailamos. Sally era una chica maravillosa. Tenía un cuerpo esbelto y prieto y poseía un sentido del ritmo poco corriente.

Me enamoré enseguida de ella. Es decir, nos enamoramos. Sally acudía cada noche a Chez Warkovic, pero a mi comenzó a molestarme que los hombres se la comieran con la mirada y prefería llevarla en coche a los alrededores de París, donde cenábamos en algún restaurante íntimo.

Me contó muchas cosas de su vida. Los negocios de su padre, Arnold Connors, la temprana muerte de Susan, su madre, cuando Sally apenas tenía doce años; los largos años de internado, la indiferencia de su padre, siempre absorto en sus negocios, cuando no las partidas de caza que encubrían verdaderas orgías.

—Me asqueaba todo aquello. Papá no había vuelto a casarse, pero cada noche se acostaba con una mujer diferente, muy jóvenes y bellas todas... Y decidí independizarme. En cuanto cumplí dieciocho años escapé de California y me presenté en Nueva York. Obtuve un empleo en una revista. Al principio apenas ganaba para atender a mi subsistencia, pero progresé... Ahora estoy aquí, financiando mis estudios de la Sorbona con las colaboraciones que envío a una agencia de Nueva York. Por supuesto, algún día pienso volver, pero por el momento no tengo prisa. Mucho menos ahora que te he encontrado, Marc...

Le propuse que viniese a vivir conmigo. Yo poseía un pequeño pero cómodo apartamento en un ático de Montparnase, donde

ambos nos desenvolveríamos desahogadamente.

Por un momento temí que se negase, pues de alguna forma imaginaba que aquella jovencita debía poseer una conciencia puritana, pero, para mi sorpresa, Sally aceptó mi propuesta sin reservas.

Vivimos tres meses de apasionado idilio. Sally ocupaba todo mi tiempo libre, me absorbía, me subyugaba... Aunque jamás habíamos hablado de matrimonio, la idea comenzó a rondar mi cabeza. Y al fin nos casamos.

Supongo que fue un error. Por mi causa, no por la suya, puesto que la vida de ambos poco cambió después del matrimonio. Pero yo debía atender a mi negocio, tratar con guapas y atrayentes chicas y...

Un día Sally me sorprendió en Chez Warkovic acostado con una de las chicas del espectáculo. Palideció, dejó escapar un grito, dio media vuelta y desapareció.

Me encontré con ella, en la calle, algunas horas después.

—Sally, yo...

Se le saltaron las lágrimas.

—Lo sé, lo sé. Fui una estúpida. Jamás debí creer que un hombre como tú iba a serme fiel. La culpa fue mía...

—¡No! Es mía.

Y así estuvimos unos minutos achacándonos para sí la culpa. Hasta que ella dijo:

—Marc, quiero el divorcio.

Ahora me tocó palidecer a mí. ¿El divorcio? ¿Por qué? Lo que había ocurrido, a fin de cuentas, no era tan grave, todo podía arreglarse...

—No —denegó ella, tajante—. Me prometerías ahora que ibas a serme fiel en el futuro y al día siguiente caerías con otra de tus chicas. Lo siento. Me duele por encima de todo que no hayas sido leal. Podrías haber dicho llanamente: «Sally, he dejado de quererte». Y yo lo comprendería y me alejaría, pero no voy a permitir que me engañes continuamente.

—Pero, Sally ¡yo te quiero! —protesté, furioso.

—A tu manera. Cuando yo quiero a una persona, sólo puedo entregarme a él. A ti, que eras el hombre al que amaba. Pero ahora...

—¿Entonces...?

—Quiero el divorcio. Espero de tu caballerosidad que no me pongas obstáculos —insistió.

—Está bien, si tanto te interesa. Lo pondremos en manos de un abogado. Admitiré lo que quieras, confesaré que me has sorprendido con Michelle en la cama —decidí.

—No, Marc. No está en mi ánimo humillarte. Aduciremos otro motivo para el divorcio. Déjalo de mi mano. Yo me encargo de todo.

La dejé ir, aunque me sentía muy triste y frustrado sin ella. Pero tenía la esperanza de que cuando Sally reflexionara se impondría la sensatez y, sobre todo, el amor. Porque yo estaba seguro de que ella seguía queriéndome.

Pero las cosas siguieron un camino diferente. Poco después fui citado ante el juez. Me interrogaron, firmé unos documentos y el divorcio fue un hecho.

De todas formas, yo quería a Sally. Supe dónde vivía, la seguí... Periódicamente, ella asistía a una clínica situada en el Faubourg Saint Honoré, lo que me hizo sentirme muy inquieto. ¿Estaba enferma?

Hice algunas discretas averiguaciones y finalmente supe la verdad: Sally no estaba enferma; en realidad, Sally iba a tener... un hijo.

Me sentí tan agitado al conocer aquella noticia que no dudé un momento en entrevistarme con ella.

La miré con ternura. Sally estaba más guapa que nunca, sus incipientes señales de maternidad para nada habían deformado su rostro como ocurre con otras mujeres.

Le dije lo que había averiguado y añadí:

—Vamos a tener un hijo, Sally. ¿No crees que deberías reconsiderar tu actitud para conmigo? Podríamos volver a vivir juntos, a casarnos de nuevo...

Me miró fijamente, como si tratase de averiguar mis pensamientos más íntimos. Y luego dijo:

—Marc, ¿has tenido voluntad para serme fiel desde que el juez pronunció nuestro divorcio?

Mon Dieu Me hubiera resultado muy fácil responder afirmativamente, pero no fui capaz de mentir. La verdad era que yo

no poseía suficiente voluntad para pasar dos o tres noches sin compartir mi cama con alguna muchacha bonita.

—No —respondí—. Pero eso nada tiene que ver. ¡Yo te amo!

—¡Que nada tiene que ver! Para mí, lo es todo. Lo siento, Marc. Dejemos las cosas como están —decidí.

Se mantuvo inmovible, a pesar de mis ruegos. Finalmente el amor propio me impidió seguir suplicando.

—De acuerdo. Tú lo quieres así. No volveré a importunarte —dije. Y salí de su apartamento.

Me volví un momento. Sally tenía los ojos brillantes, húmedos de lágrimas. Pero su barbilla estaba fruncida en un gesto de firme resolución.

Luego... Pasó el tiempo. Jean-Jacques y yo ampliamos nuestro negocio, alquilamos un local más amplio lindante a Chez Warkovic, nos ocupamos de contratar a un carísimo decorador llamado Pinard... El trabajo constante, las inquietudes propias del negocio, me absorbieron.

Sin embargo, pensaba muy a menudo en Sally. Pero ya no tenía esperanzas: ella se había encerrado en su torre de marfil, yo no me sentía con fuerzas suficientes para seguir rogando...

Ella me llamó algunos meses después.

—He tenido una niña. Le he puesto de nombre Marcia, en honor a ti —me anunció.

—Pero ¡Sally! ¡Eso... eso es maravilloso! Per... perdóname, estoy tan nervioso... ¿Dónde estás? Iré a veros ahora mismo —farfullé.

—No, Marc. Eso no es posible —respondió ella con voz fría.

—Pero ¿por qué? Te juro que me limitaré a besar a la niña. Me iré de ahí en cuanto tú me lo pidas.

—No se trata de eso. Estamos en Orly. Salimos dentro de quince minutos hacia Nueva York. Quiero pasar una temporada allí. Tal vez vuelva después.

—¡Sally, por amor de Dios; soy el padre de Marcia! ¡Tengo derecho a...! —grité. Pero ella había colgado ya el teléfono.

No he vuelto a verla, hace ya tres años.

A veces pienso en Sally, en la niña, a la que ni siquiera conozco. Me imagino una carita infantil, risueña, semejante a la de Sally... pero no sé cómo es mi hija.

Cuando Sally se fue a Nueva York, yo visitaba de cuando en cuando su apartamento con la esperanza de encontrarla allí alguna vez, pues, según había averiguado, seguía alquilado a nombre suyo. Estuve haciendo esto a lo largo de todo un año, pero luego dejé de ir, convencido de que ella había resuelto no volver a Francia.

Posiblemente me ha tachado completamente de su corazón y de su cerebro. Tal vez haya sido mejor así, no lo sé.

CAPÍTULO VII

Se diría que soy un hombre importante: hay gente relevante que viene a verme a la prisión.

Esta mañana me han conducido al locutorio de jueces y abogados. Pero una vez allí, me han llevado a un despacho mil veces más confortable, que debe ser una de las piezas destinadas al director de la penitenciaría.

Allí me he encontrado con un caballero de unos cuarenta años, de porte distinguido, cabellos ondulados y rostro franco, de mirada directa.

Viste con elegancia, pero no es un petimetre. Tiene unos ojos pardos y claros que inspiran confianza. Este caballero está sentado y junto a él, de pie, otro más joven que debe ser su ayudante.

—Soy Charles Porcel, fiscal de la Sección IV —ha dicho, sin soberbia—. Mi ayudante, Gastón Garre —y me ha invitado a sentarme frente a él con un gesto amable, carente de autoritarismo.

Quiere interrogarme. Y lo hice inteligentemente, pero yo repito siempre la misma versión. Y finalmente:

—Lo siento, *monsieur* Porcel, no recuerdo nada más —digo—. Quizá yo maté a esa pobre chica, Jeannette Glisson, pero no lo recuerdo. Había bebido mucho, demasiado...

—¿Cree que usted pudo haberla matado? —inquire, mirándome con fijeza.

—Pues... no lo sé. La verdad es, que yo sepa, no tenía ningún motivo. Como usted debe saber, yo tenía trato íntimo con varias muchachas muy atractivas que trabajaban en mi negocio. No creo de ninguna manera que estuviera en mi ánimo violar a esa infeliz joven.

—Jeannette Glisson murió como consecuencia de haber ingerido una dosis mortal de cocaína. Dígame, *monsieur* Warkovic, ¿es usted drogadicto? —insiste.

—No. Hubo un tiempo en que probé las drogas, pero las consideré excesivamente peligrosas. Es más... en cierta ocasión introduje en Francia un fardo de hachís y lo vendí a otras personas. Pero lo dejé inmediatamente. La verdad era que me repugnaba ese tipo de comercio. En cuanto reuní algún dinero, instalé Chez Warkovic con ayuda de mi socio, Viceron, y a partir de ahí solo me ocupé en esta actividad, bastante rentable, por otra parte.

Porcel insiste en otras cuestiones, relacionadas con amistades, mi Alfa Romeo y finalmente parece que ha terminado su cuestionario.

Entonces decido hablarle de Auguste Ménard y el incidente que estuvo a punto de costarme la vida. El fiscal no ha hecho ningún comentario al respecto, pero veo que toma unas notas apresuradamente.

Me pongo en pie.

—Dígame, *monsieur* Porcel, ¿cómo va mi causa? Apenas recibo noticias. Es decir, no tengo ninguna. Mi abogado, Ménard, se ha marchado. ¿Es que nadie va a ocuparse de mi defensa? Creí tener derecho a conocer noticias respecto a mi propio proceso. ¿No puede decirme algo? —pregunto con cierta ansiedad.

El ayudante Garre me mira son simpatía.

—¿Cómo? —exclama *monsieur* Porcel—. Se le ha nombrado otro abogado, Albert Dunod. ¿Es que no se ha entrevistado con usted?

—No. ¿Cómo es posible...?

—Me ocuparé de eso. En cuanto a su situación... No sé qué decirle. Si he de ser sincero, no disponemos de pruebas suficientes para condenarle, pero es posible que estas aparezcan en cualquier momento.

—¿Y si no aparecieran nuevas pruebas?

—Sería de esperar que se sobreseyera la causa —responde Porcel.

Vuelvo a mi celda con una extraña sensación, mitad esperanza, mitad temor.

Por otra parte, la amenaza de ese canalla de Julep sigue pesando en mí como una carga excesivamente pesada. Le volví a ver ayer en el patio, con la nariz terriblemente hinchada y un enorme hematoma que rodea boca y nariz como una gran mancha violácea.

Ni siquiera me ha mirado. Pero sé que me está acechando, que

me vigila, dispuesto a caer sobre mí a la menor ocasión.

Justin me ha enviado nuevos cigarrillos a través de Bale. Con una nueva nota.

«Estoy orgulloso de ti, copain, Le diste un buen golpe a ese cerdo. Pero ten cuidado, volverá a intentarlo, aunque tanto Bale como yo permanecemos vigilantes.

»Dime, ¿en qué lío te has metido? Parece algo importante, según los rumores. Por desgracia, yo también estoy listo: maté a un gendarme en Le Bisier. Es posible que me lleven a la guillotina, ya veremos. Bale te dará un trozo de lápiz y algún papel. Guárdalo bien y envíame una nota si necesitas algo.

»LaRóle».

No puedo explicármelo. ¿Justin ha cometido un asesinato? ¡Pero si es un pedazo de pan...! Duro, musculoso, conocedor de mil tretas, sí, pero no un asesino. ¿Qué le habrá llevado a tan grave situación?

Bale ha metido un papel y un minúsculo trozo de lápiz en mi bolsillo a la hora de la comida de mediodía. He guardado ambas cosas en mí «caja fuerte privada», por si necesito enviarle algún mensaje a Justin.

Pienso que es extraño que Henri Julep no intentara nada ayer. Desde el momento en que salimos del patio me mantuve rígido, vigilante, por lo que pudiera ocurrir. Pero Julep subió despacio la escalera y, desde lo alto, le vi meterse en su «chabola». No ocurrió nada. Quizá hoy...

A las tres me llevan nuevamente al locutorio de jueces y abogados. El hombre que me espera tendrá unos treinta y ocho años, cabellos lisos peinados hacia atrás, gafas muy graduadas, uñas negras, barba azulada y mal afeitada y puños de la camisa sucios. Viste un traje gris arrugado y brillante por el uso. Desde luego su aspecto no es muy boyante.

Se trata, naturalmente, de Albert Dunod. Estoy a punto de empezar a despotricar contra él. Y lo hago.

—Es usted injusto, Warkovic —me dice, hojeando unos papeles con sus dedos manchados de nicotina—. Si no vine a verle antes, se debe a que he estado pateando este país para conseguir algunos

datos en los que basar su defensa.

—Ah, ¿sí? ¿Y ha logrado algo?

—Desde luego —afirma un tanto nervioso—. Fui a Fregenay, incluso estuve en el casino-club La Fontaine.

—¿Y qué?

—He averiguado algo que puede servirnos mucho, si usted accede a colaborar conmigo.

—Adelante. Explíquese.

Dunod baja el tono de su voz.

—Jearmette Glisson se alquilaba para... ¡jejem! algunas prácticas poco ortodoxas. Para que lo entienda: esa jovencita participaba en ciertas orgías inconfesables. Reuniones de sujetos adinerados adictos a ceremonias de magia negra y... ¿No recuerda, nada de esto, Warkovic?

—No. En absoluto.

—Pero *mademoiselle* Glisson debió confesarle algo —Dunod me miraba, atento, a través de los gruesos cristales de sus gafas—. Considere que usted y ella hablaron largo rato en La Fontaine y que, luego, salieron juntos. Ella debió hacerle alguna confidencia.

—No recuerdo nada de lo que ocurrió aquella noche. Estaba muy borracho, ¿sabe?

Dunod coge sus papeles con un ademán colérico.

—Entonces... ¿qué diablos cree que puedo hacer con usted? Si no se esfuerza en recordar los datos indispensables para basar mi defensa, puede ir pensando en que todo se habrá ido al diablo —exclama, malhumorado.

—¿Tan mal están las cosas para mí? —pregunto. Y mi sorpresa no es fingida.

—¿Mal? —Dunod está guardando sus papeles en la cartera de plástico bien sobada—. Yo diría que desastrosa. No dispongo de un solo dato a su favor. En realidad, todo está en contra suya, amigo mío: sus antecedentes, por ejemplo. Nadie podría empeorarlos. Dígame, ¿sabe algo de sus amigos, ha recibido alguna visita?

—¿Visitas? No tengo parientes ni amigos. ¿Se refiere a Viceron, Pautier, Bertine Tallain? Estarán en Alicante o en Marruecos gastándose los cuartos que sacaron de Chez Warkovic. No, no sé nada...

Dunod parece impaciente por terminar la entrevista. Tose como

un bronquítico y expectora constantemente de forma repulsiva.

—No voy a engañarle, Warkovic: las perspectivas no son las mejores para usted. No sé cómo organizar la defensa, puesto que usted apenas se preocupa de ayudarme. Quizá una confesión completa sirviese de atenuante...

—¿Qué quiere decir? ¿Insinúa que debo acusarme del asesinato de Jeannette Glisson? —La indignación apenas me permite hablar.

—Usted verá. La opinión pública se inclina, en una gran mayoría, por el restablecimiento de la pena de muerte. Una confesión dejaría la sentencia en cadena perpetua, casi con seguridad —alzó una mano en un ademán vago y se separó de la mesa—. Oiga, por cierto...

—Diga.

—Una amiga de *mademoiselle* Glisson asegura que ésta guardaba una pequeña agenda en la que Jeannette apuntaba cuidadosamente los nombres y direcciones de determinados caballeros y otros datos muy interesantes. ¿Sabe usted algo de esa agenda?

Parecía sumamente interesado en aquel asunto. Las aletas de su estrecha nariz se dilataban perceptiblemente... Todo él parecía expectante y a la escucha de lo que yo pudiera decirle.

Pero moví la cabeza negativamente.

—No. Lo siento. No sé nada de esa agenda a la que usted alude... ¡Ojalá lo supiera, si ello puede servirme de algo! —exclamé.

Dunod plegó los fríos labios en un rictus de desagrado.

—En tal caso, es mejor que no perdamos el tiempo por ahora —dictaminó, como si cada minuto de su vida pudiera cambiarse por un lingote de oro fino.

Llamó al vigilante y se alejó hacia la puerta. Fue desde allí que, sin volverse, anunció sin alegría:

—Vendré a verle cualquier día de éstos, Warkovie. Y espero que para entonces haya recordado algo interesante. Buenas tardes.

El vigilante me tomó por un brazo y perdí de vista a aquel grotesco personaje.

Mientras camino delante del funcionario pasillo adelante consulto el reloj que pende de una cadena: la entrevista sólo ha durado quince minutos. ¿Qué clase de interés puede tener *monsieur* Dunod en mi defensa?

No puedo evitar la comparación entre Charles Porcel, el fiscal, y Albert Dunod mi defensor «de oficio». Aquel limpio, pulcro, correcto; éste, grasiento, sucio, descuidado, desagradable...

Entre el hombre que ha de defenderme y el que tiene que acusarme, me quedo, sin sombra de dudas, con el que puede hundirme en el juicio: *monsieur* Porcel.

Mi abogado ve con pesimismo mi situación: cadena perpetua, en el mejor de los casos. Por el contrario, el fiscal ha apuntado la posibilidad de que yo sea puesto en libertad. ¿A cuál de los dos puedo creer? Desde luego, Dunod no me inspira la menor confianza...

CAPÍTULO VIII

Apenas me he reintegrado a mi celda cuando suena estridentemente el silbato: paseo durante dos horas.

El tiempo se ha asentado. Ya no hace frío y luce el sol. Empieza a percibirse la proximidad de la verdadera primavera. Primavera en la prisión, sin árboles, sin parques, sin llores, sin pájaros.

Salgo al corredor con precaución. El vigilante nos forma y comenzamos el desfile, peldaños abajo. Vigilo a Julep en cuanto tengo ocasión. Desciende ya hacia la planta baja, cojeando ligeramente, pues alguien le partió, hace años, la pierna izquierda con un golpe de palanqueta.

Pienso que me gustaría entrevistarme a solas con este criminal. Interrogarle, obligarle a hablar, saber cuánto le han pagado por quitarme de este mundo infeliz...

Llegamos al patio. El funcionario de servicio es un buen hombre y se llama Levadle. Es joven, de una generación nueva, menos dura y exigente. Y se nota: nos obliga a caminar, después nos invita a una carrera de quince minutos y más tarde nos permite detenernos o sentarnos, con tal de que los grupos no sean superiores a tres individuos.

Ni qué decir tiene que aprovecho rápidamente esta magnífica ocasión para reunirme con Justin LaRóle. Nos estrechamos las manos, nos damos un rápido abrazo y comenzamos a pasear bajo los tibios rayos de sol que los elevados muros permiten desparramarse sobre el patio.

Veo que Justin tiene lágrimas en los ojos.

—¡Cuánto celebro verte, viejo! —le digo—. Ah, gracias por todo. Eres un merveilleux copain.

—¡Calla! Ese cerdo, Julep, está cerca. Alejémonos —susurra. Y nos apartamos de aquel lugar, aunque ello nos prive de los reconfortantes rayos de sol.

—Dime, ¿qué te pasó? —le pregunto con gran interés.

Justin suspira.

—Un accidente, un maldito accidente, socio —me cuenta—. Cuando nos separamos en Miracle, decidí cambiar de aires por unos meses, ya que los portugueses hablaron demasiado y la policía española desmanteló nuestra organización. Me fui a pasar una temporada a Córcega. Pero le había cogido afición a lo de la «emigración» y pocos meses después volví al negocio, ya sin ti. Hasta hace poco menos de un año todo iba bien. La gente tenía confianza en LaRóle. Te lo demostraré: la policía devolvió los portugueses a su país. Pues bien, poco después, yo volví a llevar a la mayoría de ellos al lado de acá de los Pirineos.

—¿Y qué?

—Pues que me encapriché de una muchacha, una preciosa gitanilla de Barcelona. Pasaba largas temporadas con ella y cada vez roe «camelaba» más, como dicen ellos... La verdad, me enamoré de Encarna como un borrico. En el último viaje, traté de contactar con Reig, mi enlace en Barcelona, pero no lo conseguí. Empecé el viaje a Port Bou, de madrugada. Pero la guardia civil nos esperaba y se armó una tremenda pelotera, porque yo traté de escapar a campo través. El camión volcó y los pasajeros se largaron a través de los bosques y barrancos. Yo también troté como un condenado en la oscuridad. Caí, me arañé, volví a incorporarme. Llegué a una masía y robé un Land Rover, con el que me dirigí a Barcelona. Tenía el brazo izquierdo quebrado y necesitaba protección: pensé que Reig me la prestaría...

—Supongo que... —empecé a decir. Pero callé como un muerto al ver a Bale que se reunía con nosotros.

—No temas, copain —me tranquilizó Justin, que se había detenido—. Bale es como un hermano para mí. Somos viejos amigos y no tengo ningún secreto para él.

—Tanto mejor —respondí—. Sigue hablando entonces...

—Pues bien: llegué a Barcelona a las seis de la madrugada. Me dolía todo el cuerpo, frías ya mis magulladuras, mis arañazos, mi brazo roto. Reig tenía un precioso chalet en Sant Boy de Llobregat: lo había ganado con las «primas» que cobraba por informarme y ayudarme en la «emigración».

Bale sacó tres cigarrillos y nos ofreció cerillas.

—Fumad —dijo—. Levadle hará la vista gorda. ¿Le veis? Simula leer su revista. Es un buen hombre.

Encendimos los cigarrillos, que ocultamos enseguida en nuestros puños embutidos en las holgadas mangas de las chaquetas penitenciarias.

—Sigue —pedí a LaRóle—. ¡Me tienes sobre ascuas!

Mi pobre Justin tenía un rictus amargo en su rostro tallado a cincel. Parecía muy triste, a pesar del cigarrillo del que, a veces, fumaba cortas y furiosas chupadas.

—Paré el coche ante el lujoso chalet de Reig. Todo estaba a oscuras, pero yo tenía la llave que él mismo me había dado por si en alguna ocasión necesitaba refugiarme allí. Abrí, entré, avancé en la oscuridad. Y me encontré a Reig, acostado con mi Encarnita...

—¿La gitanilla? —pregunté, asombrado. Y Justin asintió.

—Saqué mi navaja barbera y dije a la chiquilla que se apartase —¡qué ronca sonaba ahora la voz de mi antiguo socio!—. Reig comenzó a lloriquear, pero de nada le valió: le degollé.

Calló un momento. Ni Bale ni yo dijimos nada, fuertemente impresionados.

—Encarna confesó que Reig había avisado a la guardia civil. Se había enamorado de la chiquilla y quería eliminarme, para poder gozar de ella. Así que le entregué quinientos francos y le dije que se marchara, puesto que entre ella y yo, todo, había terminado.

—¿La dejaste ir? —pregunté, conmovido.

—Sí —Justin sonrió levemente, como si recordara algo muy querido—. A pesar de su cuerpo de mujer, Encarna sólo era una niña de dieciséis años. Ella no había tenido más remedio que obedecer por la fuerza a Reig. Bueno, ella se fue. Yo, arreglado y maltrecho me eché en otra cama, pues la de Reig estaba hecha una porquería, toda manchada de sangre...

—Una locura —dije, por decir algo.

—Bon. Hacia el mediodía, desperté, me lavé, me puse una venda en el brazo roto y decidí volver a Francia, para lo cual alquilé un coche sin conductor. Ya puedes imaginarte, copain, lo que significa conducir un coche con el brazo derecho roto. Pero lo hice y pasé la frontera por La Junquera. Sólo que apenas a seis kilómetros de allí me detuvieron.

—Los gendarmes.

—Sí —Justin se pasó la mano derecha por el agresivo mentón—. Debí haber pensado en todo ello, pero la fatiga y la pasión me cegaron. Los gendarmes me registraron y encontraron la navaja barbera con la que había degollado a Reig, la navaja que yo había conservado, estúpido de mí. Comencé a protestar, de todas formas, y me dijeron que me reclamaba la policía de Barcelona por asesinato.

—¡Encarnita! —exclamé yo.

—Sí. Ella frecuentaba el chalet de Sant Boy. La policía la «trincó», la acosó a preguntas, la asustó y... ella dijo cuánto sabía. Es lógico. Una niña.

—¿Qué pasó?

—Es muy sencillo. Comprendía que pedirían la extradición y me enviarían a España. Para cumplir una condena entre gente extraña allí, yo prefería cumplirla aquí. Aquella noche intenté escapar, pero uno de los gendarmes se despertó y me cortó el paso. Yo tenía su pistola y... Bueno, le maté. No quería cumplir mi condena en España. Supongo que si salgo de ésta, jamás se acordarán de devolverme al país vecino.

Calló. No tenía más que decir. ¿Para qué...?

Durante el resto del paseo estuvimos recordando los viejos tiempos. Luego el vigilante Levadle tocó su silbato para la formación. Antes de separarse de nosotros, Bale susurró a mi oído:

—Mañana entra de servicio Bargallon. Ten cuidado.

—¿Por qué? —indagué, nervioso.

—¿No te has dado cuenta? Julep fue a por ti cuando Bargallon estaba de servicio, pero no ha intentado nada los tres días siguientes.

—Y eso quiere decir que Bargallon y Julep...

—No sé nada. Pero vi cómo Bargallon entregaba cigarrillos a Julep, el mismo día en que ese cerdo te atacó —respondió Bale, preocupado.

—Gracias por la advertencia, amigo mío —respondí. Y Bale se alejó.

A toque de silbato, los presos de la planta cuarta emprendimos el desfile hacia la galería. Cuando torcimos hacia la escalera, giré la cabeza y advertí que Julep caminaba más de veinte puestos detrás de mí.

No, decididamente no parecía dispuesto a intentar nada en aquella ocasión. Y así fue, pues llegué hasta mi celda sin ningún contratiempo y segundos después, Bale cerraba la puerta y me dejaba encerrado.

Bien. Bonita situación. Era de temer que Henri Julep tratase de justificar sus miles de francos al día siguiente. Porque al día siguiente entraba de servicio en la galería segunda el Vigilante Bargallon.

Habría que estar sobre aviso. Y, en cualquier caso, antes de que muriera yo, prefería que fuera Julep el que me precediese en el camino hacia el infierno.

CAPÍTULO IX

La puerta de la celda se abrió con violencia. El enorme corpachón del gigantesco Bargallon casi tapaba la puerta.

Husmeó en el interior de la estancia un momento, pero el aroma no debió ser de su agrado, porque retrocedió un paso y ordenó:

—Salga de ahí, Warkovic.

Avancé tímidamente hacia la puerta y salí al corredor voladizo. Aunque yo mido casi un metro ochenta centímetros, aquel hombre me obligaba a sentirme pequeño. No era solamente su colosal estatura, sino también el volumen espectacular de su pecho y su dilatado abdomen, que parecía ir a romper de un momento a otro el ancho cinturón de su uniforme.

—Camine hacia delante —me indicó, con el mismo tono que emplearía un elefante para dirigirse a una pulga.

Avancé unos pasos, indeciso.

¿Es que Bargallon había decidido, por fin, conducirme directamente a la celda de Henri Julep para que éste, con toda comodidad, me destripase a navajazos sin necesidad de abandonar su «chabola»...?

Descendí hasta la tercera planta y seguí bajando. Respiré. No, no se trataba de eso, por fortuna.

Ya abajo, Bargallon me indicó con un gesto perentorio que me dirigiera hacia el final de la larguísima galería de cien metros de longitud y nos detuvimos ante el rastrillo.

—¿Warkovic? —preguntó el delgado funcionario de la cabina del otro lado.

—Sí. Marc Warkovic —respondió Bargallon con una sonrisita equívoca. Y añadió, ocurrente—: Debe ser el empleado de la funeraria que viene a tomarle medidas...

Y prorrumpió en una interminable carcajada, mientras el otro vigilante introducía una llave en la cerradura y me abría el rastrillo.

«Malas puñalás te den», pensé yo, como hubiera dicho la guapa Encarnita de Justin LaRóle. Y, naturalmente, me refería a Bargallon, que se alejaba ya pesadamente.

El esquelético vigilante del centro de vigilancia me miraba con simpatía.

—No le haga mucho caso, Warkovic. La verdad es que tiene visita. Una joven muy hermosa. Sígame —dijo.

Íbamos hacia los locutorios generales. Si el de jueces y abogados estaba sucio, desaseado y húmedo, el locutorio general era sencillamente miserable: un largo pasillo dividido al medio por dobles rejas y tela metálica tan tupida que apenas se podía divisar a las personas que estaban al otro lado. Yo vi una silueta difusa, la de mi visitante, e imaginé, sin mucha seguridad, que se trataba de una mujer.

—Diez minutos —dijo el funcionario. Y se sentó en una silla renqueante, a una distancia prudencial.

Yo me aproximé tímidamente a la reja. Como no acertaba a distinguir el rostro de la persona que se encontraba dos metros más allá —la luz del día provenía directamente desde su espalda y no era muy abundante—, me atreví a murmurar:

—¿Quién es? No... no puedo verla bien.

—¡Marc! —Era como un gemido emocionado—. ¿Es que no puedes reconocerme?

Sólo veía una sombra, pero aquella voz...

—¡Sally! —exclamé, tembloroso.

—Sí, soy yo, amor mío —susurró ella.

¿Amor mío?

—Leí... Vi... una vieja revista de hace unos meses. Y supe... supe que estabas en dificultades. Hemos venido. Estamos aquí.

—¿Quiénes? ¿Tú y tu padre, quizá? —pregunté, desconcertado.

Verdaderamente, la llegada de Sally me pillaba desprevenido. ¡Parecía ella tan fuera de lugar en un sitio como el mugriento locutorio de la prisión...!

—No. Papá murió, hace seis meses —oí su voz tan cálida y modulada—. Hemos venido Marcia y yo. Tu hija y yo, Marc.

Tragué saliva. ¡Mi hija! Y Sally.

—Estoy en dificultades —pronuncié, amargamente—. No es el mejor momento para tu visita, Sally.

—¡Lo sé, lo sé! Cuando leí el caso en esa revista... Comprendí que había sido demasiado dura y egoísta, Marc. Por eso estoy aquí. Removeré los cielos y la tierra para sacarte de ahí, haré todo lo que sea. Tengo mucho dinero, ¡millones de dólares! ¿Sabes? —Su voz se quebró un tanto—. Siempre temí que papá me desheredaría, pero él me demostró que le juzgaba mal. Me ha dejado todo su dinero, sus propiedades, sus acciones, sus fábricas...

—Y tú... ¿tú vienes ahora aquí, a entrevistarte con un hombre acusado de asesinato? ¿No lo comprendes? Mi nombre sólo puede mancharte, deshonorarte... No sacarás otra cosa que cieno, lodo y suciedad de este asunto. ¿Es que piensas que soy inocente? —grité.

Me estremecí. El vigilante estaba escuchando toda nuestra conversación. ¿Podríamos fiarnos de él? Estaba pensando en ello cuando caía en la cuenta de que Sally y yo estábamos manteniendo la conversación en... inglés.

Sally, desambientada después de tanto tiempo en Norteamérica, había utilizado de forma inconsciente su lengua de origen y yo la había seguido sin reparar en ello. Por otra parte, el delgado individuo que bostezaba sobre la vieja silla no tenía cara de saber una sola palabra de inglés.

—¡Sí! —exclamó Sally, ferviente—. De la misma forma que sé que eres un mujeriego impenitente, estoy segura de que tú eres incapaz de cometer un asesinato tan repugnante. Una cosa sé bien: tú no necesitas forzar a una mujer para obtener de ella lo que te interese.

Sonreí tristemente.

—¿Es... un elogio o un insulto? —exclamé.

—Marc... Por favor, querido, la situación no es como para bromear. No te preocupes. Vengo de visitar a un abogado, el mejor. Gastaría todo mi dinero para sacarte de aquí, pero no será necesario tanto. Tendrás el mejor abogado, los mejores detectives, lo mejor de todo. Y...

Me aferré a los barrotes desesperadamente.

—¡Por lo que más quieras, Sally, no hagas eso! —supliqué—. Deja que las cosas sigan como están.

—Pero... pero ¿qué estás diciendo? —gimió ella.

—Diez minutos —el vigilante se había puesto en pie y apoyaba una mano en mi brazo—. Vamos, Warkovic. Tiene que volver a la

celda.

—¡No hagas nada! —grité a Sally. Y el funcionario tiró de mí—. Te lo ruego, no hagas nada.

—Pero, Marc, ¿no comprendes que...? —murmuró ella, asombrada. Y fue lo último que oí, porque el vigilante acababa de sacarme del locutorio.

De vuelta a mi celda, me sentía muy agitado. ¡Maldita complicación! La presencia de Sally en París venía a ponerme la soga al cuello. Por supuesto que ella podía sacarme de la prisión, después de contratar a docenas o centenares de personas, de técnicos, de leguleyos, de brillantes abogados criminalistas.

Estoy seguro de que, entre todos ellos conseguirían ponerme en la calle.

Sólo que yo sentía auténtico horror a dar un solo paso en libertad.

Bale estaba en la planta baja, vigilando un grupo de presos que llevaban toallas al cuello.

Traspasado el rastrillo, avancé unos pasos, esperando a Bargallon, que charlaba con el enteco funcionario del centro de vigilancia.

Bale vino hacia mí.

—¿Quieres ducharte? Hay agua caliente. Aprovéchate, sólo durará para los primeros cincuenta —dijo.

—Me encantaría —asentí, agradecido—. Pero no tengo toalla ni jabón.

—Yo te daré ambas cosas. Tengo suficientes toallas y pastillas de jabón. Trataré de convencer a Bargallon. Espera aquí. No te muevas.

Se fue. La idea de darme una ducha con agua caliente se me antojó casi un placer de reyes.

Y, sin embargo, en aquel momento estaba poniéndose en marcha la tercera parte de un complot para asesinarme, aunque yo, naturalmente, estuviera absolutamente ajeno al peligro que iba a correr poco después.

Bale volvió enseguida. Bargallon seguía de plática con su compañero.

—Dice que está bien. «Vale, que se duche. Warkovic huele como un cerdo», ha pronunciado exactamente —afirmó Bale.

Agradecí el «cumplido» de Bargallon con un gesto, pero me

alegré de poder gozar de aquel momento extraordinario de asueto.

—Diré al encargado de la tercera planta que traiga a Justin —añadió Bale—. Estoy seguro de que el viejo agradecerá también una buena ducha con agua caliente y jabón de tocador.

Se alejó, habló unas palabras con otro recluso, entró en una celda de la planta baja y volvió. Me ofreció una toalla blanca y muy limpia y un pedazo de jabón.

—Entra cuando llegue tu turno. No te preocupes, yo andaré por aquí —me animó Bale, después de entregarme ambas cosas.

Me sentía muy animado. Primero la visita de Sally, sus palabras entrecortadas, la honda alegría de saberla cerca, ahora la ducha.

En cuanto a Sally, yo le agradecía en lo más profundo de mi corazón su gesto, su ansiedad, su redescubierto amor, que hubiera traído a la niña, que estuviera dispuesta a gastarse todo su dinero en mí... Pero ¿cómo hacerle comprender que lo mejor que podía hacer en mi favor era... no hacer nada?

No habíamos tenido tiempo para despedirme, no me había dicho dónde se hospedaba. ¿Qué podía hacer yo? Solicitar una comunicación con Sally... Pero ¿cómo podría comunicarme con ella?

Mis compañeros reclusos iban penetrando en el departamento de duchas en grupos de diez. Detrás de mí se habían ido amontonando en la cola una docena de ellos, pero otros habían entrado ya y sólo quedaban tres delante de mí, lo que venía a significar que yo pasaría en el siguiente turno.

Bargallon seguía conversando animadamente con su colega del otro lado del rastrillo. Tanto mejor: prefería a aquel despreciable individuo a una milla de distancia.

El encargado de las duchas, un retorcido viejo desdentado, dejó salir a algunos presos de cabezas humeantes y cloqueó:

—Otos tres.

Entramos. El departamento disponía de medio centenar de duchas, pero sólo de las situadas al fondo brotaba agua caliente, pues la caldera era demasiado pequeña para permitir un servicio prolongado. Avancé, pues, pasillo adelante, hasta advertir que disponía de un sitio libre, y empecé a desnudarme. Dejé la ropa sobre un banquillo, me puse bajo la ducha y abrí el chorro.

El agua estaba tibia, casi fría. Así y todo, como ya estaba

mojado, comencé a enjabonarme el cabello laboriosamente.

Alguien me tocó en el brazo. Abrí los ojos, pero se me llenaron de jabón y no vi nada.

—Ven aquí, hombre. Ahí no cae agua caliente. Ven, yo te guiaré Aquí... —Caminaba a ciegas—. Bien. Ahora saldrá agua caliente abundante. Sólo tienes que esperar unos segundos.

Vaya un buen samaritano. Esperé unos segundos.

De repente, el agua surgió abundantemente, ardiente, hirviendo... Grité, dolorido, notando que el agua lo inundaba todo de vapor y arrancaba mi piel como si de un pollo escaldado se tratase...

Resbalé, trate de escapar, caí. Alguien me aferró brutalmente por los cabellos y comenzó a golpear mi cabeza contra la pared.

Chillé, me debatí, noté la sangre que manaba de mi frente y se mezclaba con el agua hirviendo que seguía manando a grandes chorros sobre mi cabeza, sobre mi espalda y mi vientre.

Puñados de cabellos se desgajaban de mi cuero cabelludo, al tiempo que mi desconocido agresor seguía golpeando salvajemente como... si quisiera destrozar mi cráneo.

Estaba a punto de desvanecerme, pero grité:

—¡Julep...!

En aquel momento se oyó una voz:

—¡Marc! —Y reconocí a Justin LaRóle cuando comenzaba a desvanecerme.

Mi rostro chocó brutalmente contra la placa de piedra artificial que separaba una ducha de la otra y mi nariz estalló en surtidores de sangre. Creí morir, desangrándome bajo aquel chorro líquido y candente...

Pero de pronto el agua dejó de caer y yo comencé a reptar, cegado, sobre las resbaladizas baldosas de cemento.

Oí que alguien barbotaba palabrotas incoherentes. Y luego, un aullido agudísimo, espeluznante.

Alguien debió arrojar sobre mí un cubo de agua fría, porque inmediatamente sentí un alivio confortante en mi cuerpo abrasado.

Abrí los ojos. Y vi a Justin LaRóle, que volvía hacia mí con otro balde de agua fría, que arrojó enseguida sobre mi cabeza. Luego tiró el cubo y se inclinó sobre mí.

—¡Copain! —gritó, enronquecido—. ¿Qué tal te encuentras?

—Estoy... vivo —murmuré. Y aplasté mi pecho, aún candente, sobre las frías baldosas. Cerca de mí, Justin se desgañitaba, gritando a los presos que trajeran cubos de agua fría. Mi carne abrasada se estremecía bajo los abundantes chorros líquidos, pero yo me sentía morir.

Tenía la sensación de que mi pellejo, ya gelatinoso, iba desprendiéndose en cilindros sobre el rugoso piso.

Traté de abrir los ojos, pero bruscamente, perdí el conocimiento.

CAPÍTULO X

Quedé aterrado al contemplarme en el espejo.

No podía reconocer aquel rostro tirante, deformado, en el que habían desaparecido las cejas y las pestañas, la nariz se había retorcido, una oreja colgaba como una coliflor y tenía el ojo izquierdo más bajo que el otro, pues los músculos faciales de la izquierda se habían contraído y tiraban grotescamente del párpado.

Si el doctor Poird esperaba que prorrumpiese en un alarido de desesperación —con él estaban dos enfermeros muy forzudos—, debió llevarse una sorpresa.

Por el contrario, me contemplé durante algunos minutos en aquel espejo que me habían traído —y que tanto me había costado conseguir—, e incluso sonreí en una mueca monstruosa.

—Estoy vivo —dije.

El doctor Poird me contempló con humana conmiseración. Era un hombre relativamente joven, de unos cuarenta años... y temblaba, sin perderme de vista.

Poird avanzó unos pasos y puso sus manos sobre el espejo. Tiró suavemente de él y yo permití sin violencias que él lo retirara.

Pasé una mano sobre mi cráneo, carente de cabellos, aunque comenzaban a aparecer ya de forma incipiente.

—Y ahora ¿qué? —dije con un soplo de voz.

—Señor Warkovic, en este hospital todos hemos hecho lo posible por salvarle la vida y por... —calló un momento, muy embarazado—. Bien, ya sabe cómo están las cosas: usted quería contemplar su rostro por encima de todo. Afirmó que rió se dejaría impresionar por lo que viera reflejado en ese espejo y ésa ha sido la verdad. En cuanto al futuro...

—Me habré convertido en un monstruo por el resto de mis días —dije—. ¿O no?

El doctor Poird tragó saliva. Vi que se retorcía las manos, muy

inquieto, e intentaba rehuir la mirada.

—Verá, Warkovic, la administración penitenciaria no dispone de cirujanos expertos en cirugía plástica ni de los medios necesarios a este fin —logró pronunciar el pobre hombre—. No obstante, hace ya tres días que he enviado una petición especial al ministro de Sanidad en ese sentido. Si tenemos suerte, le enviaremos a Valenciennes, a una clínica privada, la mejor en cirugía plástica de todo el país. Estoy seguro de que sus facciones volverán a ser las de antes. Escuche, Marc, conozco a un especialista de esa clínica, el doctor Carais. Es un amigo mío. Yo le recomendaría, ¿comprende?

—Sí —respondí escuetamente, sin dejar de observarle.

—Marc, sus quemaduras no son muy graves. No son profundas, ¿entiende? Un hombre como Carais puede devolverle sus primitivas facciones. Ha realizado miles de operaciones de este tipo con absoluto éxito.

Acaricié suavemente mis mejillas, tan finas que el leve calor de mis dedos se sentía como una oleada.

—Pero todo eso sólo podré conseguirlo si el Ministerio de Sanidad autoriza mi traslado a Valenciennes y la operación correspondiente, ¿no? —dije.

—Así es —respondió el excelente doctor Poiré. Y tragó saliva, incapaz de pronunciar una sola palabra más.

—Déjenme solo —pedí. Y me recosté en la almohada pesadamente.

El médico ordenó salir a los enfermeros, me miró un momento y salió. La puerta se cerró y quedé solo. Era de suponer que algún enfermero quedaría en el pasillo montando guardia, pero a mí ¿qué más me daba?

Sin proponérmelo, lágrimas ardientes escaparon de mis ojos y abrasaron mi piel, tan fina en las mejillas aún que un leve roce bastaría para hacer brotar la sangre.

—¡Dios mío! —gemí—. Me he convertido en un verdadero monstruo.

Sollocé durante largo rato. Pensaba en Henri Julep, aquel engendro que había intentado asesinarme de una forma espantosa. ¡Yo lo odiaba, lo odiaba con toda mi alma...! Apretados los párpados, veía su rostro anguloso y marchito, el «chiflo» que le cruzaba el cuello, el brillo dorado de sus incisivos podridos, los ojos

profundos, negros, sanguinarios...

Pero el terror que experimentaba en lo más hondo de mi mente era superior a cualquier otro sentimiento, incluido el rencor hacia Henri Julep.

Sally no había dado muestras de vida —yo llevaba dieciocho días en el hospital penitenciario—, y su ausencia, la carencia de noticias suyas llevaba la desesperación a mi corazón.

Había permanecido dos días sin comer para conseguir que el doctor Poird me permitiera ver mi propio rostro monstruoso. ¿Cuántos días duraría mi huelga de hambre antes de lograr entrevistarme con Sally? Porque ella había intentado visitarme en el hospital, yo lo sabía. Y no una vez, ni dos... Sally había venido al hospital cada mañana desde que me trajeran urgentemente de la prisión.

A la una se abre la puerta de mi habitación y penetra el enfermero con una bandeja. La coloca en una mesa, me incorpora amablemente, pronuncia algunas palabras con las que intenta darme ánimos y luego mete bajo la cama la mesa de tubo metálico sobre la que he de comer.

No quiero comer. Seguiré mi huelga de hambre. Pero este excelente enfermero, Malcon, que cumple condena en el hospital, pone una mano en mi hombro y dice:

—Vamos, camarada. Estás muy débil, necesitas alimentarte. No puedes vivir solo a base de suero, Marc. Anda, ánimo, todo se arreglará. Ya sabes que puedes contar con mi simpatía y mi amistad.

Es un buen hombre, este Malcon. Es un practicante que envió al Más Allá a una viejecita que tenía cáncer de garganta. La pobre mujer carecía de cualquier asistencia y moría lentamente en una chabola de Gardien-Lilles. Malcon le puso una inyección y la anciana murió dulcemente, bendiciéndole, porque sus sufrimientos eran atroces, inhumanos.

De todas formas, yo estoy dispuesto a continuar con mi huelga de hambre... si no puedo ver a Sally. Sin embargo, el plato de sopa de mariscos que Malcon ha puesto ante mí, exhala un aroma tan penetrante que, de forma inconsciente, tomo la cuchara y empiezo a comer... ¡El espíritu es fuerte, pero débil la carne!

Malcon me observa, complacido. De vez en cuando dirige una

furtiva mirada a la puerta. Y de repente, toma mi mano derecha y deposita sobre ella un pequeño cilindro de papel.

—De parte de LaRóle —dice—. No lo leas ahora. Más tarde. O quizá mejor, a la noche. Trágate el papel después o me pondrás en un compromiso, Marc.

Tiemblo. ¡Un mensaje de LaRóle! Desde la prisión, supongo. Pero no: Malcon me dice que Justin está en el hospital, en la unidad de vigilancia intensiva: se ha cortado las venas en su celda y le han traído.

—Tranquilízate. Tu amigo está fuera de peligro. ¡Es el hombre más animoso que he conocido en mi vida! Incluso hemos bromeado los dos, imagínate.

Y si LaRóle es un hombre tan animoso, ¿por qué no he de serlo yo? Guardo apresuradamente el pequeño cilindro de papel en la funda de mi almohada y despacho con feroz apetito mi comida.

Por supuesto, me resulta absolutamente imposible esperar a la noche para leer el mensaje del asombroso Justin. En cuanto quedo solo en mi habitación, cubro mi cabeza con las sábanas y desenrollo el fino papel.

Tiene la extensión de una cuartilla y está lleno de finas líneas manuscritas en toda su superficie. Y leo ansioso:

«Copain, no te asustes por lo que puedan decirte. No he tratado de suicidarme. Si me abrí las venas, fue con el objetivo de venir aquí y saber de ti. Bien... Ya puedes suponer lo que ocurrió en las duchas. Julep estaba allí desde el primer momento y sospecho que Bargallon tuvo algo que ver en todo ello. Lo hecho, hecho está. Julep quiso despacharte. Pretendía romperte el cráneo para que, después, tu muerte se considerase un accidente. Un resbalón y... ya sabes. Pero Bale, aunque no sabía nada de la presencia de Julep allí, me sacó de la celda para ducharme. Cuando entré, vi lo que estaba sucediendo y comprendí enseguida. Por fortuna, llevaba mi fleje bien afilado. Cogí a Julep por detrás y le segué el cuello de una sola cuchillada. Es curioso: mi filo abrió su cuello justo sobre su cicatriz... lo cual viene a demostrar que Julep estaba condenado a morir degollado.

»Imagino que vas a sentirte preocupado por mí, en cuanto leas esto. ¡Ni mucho menos, copain! Yo ya estaba listo desde el momento en que disparé contra aquel pobre gendarme en Le Bisier. Por cierto... No creas que fue tan fácil aquel asunto. Aquel hombre me había despojado de ciento ochenta mil francos y quería entregarme a la policía española antes de que yo pudiera reclamar mi dinero. Ya sabes...

»Me han dicho que estás muy mal, que no vas a morir, pero que quedarás deformado... Bien, los ahorros de toda mi vida ascienden a unos cuatrocientos mil francos. Están en el fondo de un pozo, bien protegidos de la humedad, en mi huerto de Deux Jardins. Tuyo son, si los necesitas, copain. Tengo la impresión de que serás libre muy pronto. Si es así, bon voyage, amigo mío. Sólo te pido que me envíes, de cuando en cuando, un cartón de cigarrillos rubios.

»No pongo mi firma. Es más seguro. Pero tú sabes que puedes confiar en mí para cualquier cosa. Au revoir».

Volví a llorar, mansamente, después de leer aquella carta, escrita con pequeños rasgos apretados para aprovechar el espacio.

Así que Julep había recibido lo suyo... Pero ello significaba que, si las cosas se ponían mal, Justin LaRôle iría a parar a la guillotina.

Pensando en todo ello, perdí el aliento... ¡Cuántas tragedias, dolores, soledades, traiciones, violencias, angustias...!

Pero por encima de todo, un hombre pequeño pero lleno de espíritu, como Justin LaRôle, seguía adelante. Era un ejemplo: yo debía, cuando menos, demostrar tanta entereza como él.

Medito un momento, me concentro... Y ya soy otro hombre. No siento lástima, no tengo miedo, estoy dispuesto a seguir... Pienso, pienso mucho en Justin, en su infancia marginada, en su adolescencia cercada por la miseria y la violencia. Ha matado, sí. Pero es digno de mejor suerte. También.

Me he pasado la noche entera vigilante, sin dormir un solo minuto. Sólo hago una cosa: pensar.

Sally es ahora el principal motivo de preocupación para mí. Ella, que parecía tan dispuesta a arriesgarlo todo por mí, es incapaz de

obtener una autorización para entrevistarse conmigo en el hospital penitenciario. ¡Y la necesito tanto...!

¡Humana desconfianza la mía...! A las once, el doctor Breuville —que me ha tomado especial simpatía—, entra en mi habitación, me saluda y anuncia:

—Tiene una visita, Marc. Se llama... Sally Warkovic. Sólo podrá estar aquí quince minutos. Y yo he de permanecer a la escucha. Lo siento de veras, pero son estrictas instrucciones del director.

—¿Qué espera? ¡Hágala entrar! —exclamo, alborozado.

Sally aparece en la puerta. Está muy pálida y su aspecto es algo descuidado, pero corre hacia mí, sin detenerse a mirarme y me abraza.

—Marc, mi pobre Marc —murmura. Y rompe en sollozos.

Siento su presencia cálida sobre mí y me siento muy emocionado. Pero advierto enseguida que su pecho se deshace en espasmos de aflicción.

—¿Qué ocurre, Sally? —pregunto, angustiado.

Ella me mira un momento, repara en mi rostro monstruoso y rompe en sollozos hondos, estremecedores.

—My God! —murmura en inglés—. Tú y Marcia...

—¿Marcia?

—Desapareció hace cinco días... ¡La han secuestrado! Pero, hasta ahora, no he recibido ningún mensaje; ni una llamada telefónica, ni una carta, no hay la menor señal. ¡Estoy desesperada!

Me muerdo los labios. Y pienso... ¿cómo es posible tanta crueldad?

Trago saliva, densa y amarga. Breuville, que asiste a la escena como vigilante, se muerde los labios, impresionado.

—Intenté verte antes, hace muchos días, pero no fue posible. Luego... lo de Marcia... ¡Nuestra hijita! —Sally hunde el rostro entre mis sábanas, palpa mis brazos frenéticamente, murmura palabras incoherentes entre dientes, se estremece...

De pronto, surge la idea. Me incorporo, aparto levemente a Sally y miro al doctor Breuville.

—Voy a pedirle un favor, doctor —pronuncio secamente.

—Si está en mi mano... —Breuville se acerca. Está bien predispuesto a nuestro favor, pero no quiere faltar a su deber, es evidente.

—Por favor, haga venir a *monsieur* Charles Porcel, envíele un aviso. Se trata del fiscal de la Sección IV —le pido—. Háblele de mí, de mi esposa, de mi situación.

He dicho «mi esposa», aunque Sally y yo estemos divorciados. Pero de hecho, ¿no es cierto que la desgracia y el sufrimiento ha vuelto a unirnos sin necesidad de que un juez esté presente?

Breuville ha sacado un bloc y anota algo con nerviosos y eficaces movimientos de su mano. Me mira, mira a Sally, que está desencajada y dice:

—Haré todo lo que pueda. Por favor, venga conmigo, señora Warkovic: la comunicación ha terminado.

Sally se abraza a mí desesperadamente.

—Dime. ¿No te inspiro repugnancia? —pregunto, temblorosa la voz.

Por encima de su dolor, Sally es todavía capaz de sonreír.

—Te amo, Marc —dice. Y para ella no hay más explicación.

Breuville se lleva a Sally y yo quedo solo. Noto la soledad: algo tan sólido y concreto como un pedazo de plomo incrustado en el corazón. Pero trato de imponerme a este sentimiento y aguardo.

Marcia, secuestrada. Mi hija, a la que no conozco, hace cinco días que está en manos de personas desconocidas —¿o no tan desconocidas?—, que posiblemente, la hayan asesinado ya.

CAPÍTULO XI

Ha sido un largo monólogo. Charles Porcel, fiscal de la Sección IV de los tribunales de París, apenas me ha interrumpido en dos o tres ocasiones, con el fin de puntualizar algún pasaje de mi declaración.

Advierto que se siente muy impresionado. Su rostro, pálido, es el reflejo de sus encontrados pensamientos.

Tras reflexionar unos minutos sobre todo lo que ha oído de mis labios, se levanta lentamente de la silla que ha ocupado junto a mi lecho.

—Dígame, Warkovic, ¿alguien más, aparte de nosotros dos, conoce este asunto? —pregunta.

—Absolutamente nadie más. ¿No lo comprende, *monsieur* Porcel? Estoy amenazado de muerte. Mi única garantía era callar... a pesar de los tres atentados que he sufrido. Pero ahora... es mi hija la que está en peligro, en el caso de que no haya ocurrido ya lo irremediable.

—Si usted hubiera confiado en mí desde el principio —advierte con severidad—, hoy quizá hubiéramos eliminado esa amenaza.

—Si yo hubiera tenido la certeza de encontrar a un hombre honrado como usted, seguramente habría hablado claramente desde el primer día —argumento, por mi parte.

Porcel asiente.

—Tengo que consultar el caso, con los magistrados de la Sección IV y, posiblemente, se informará al presidente de la República. Dígame, Warkovic, ¿cree encontrarse lo suficientemente fuerte como para abandonar el hospital? —me pregunta.

—¿Cómo? ¿Quieren devolverme a la prisión?

—No. Si mis gestiones se desarrollan como yo pienso, será libre dentro de pocas horas, aunque con ciertas condiciones —responde.

Me siento muy inquieto. ¡Obtener la libertad! Pero...

—Salir ahora sería tanto como suicidarme, *monsieur* Porcel — exclamo—. Compréndalo: si han atentado tres veces contra mí en la prisión, ¿cuántas horas duraría con vida en libertad?

Me tranquiliza.

—No se preocupe, estará protegido y vigilado durante las veinticuatro horas del día. También pondremos protección a la señora Warkovic —dice.

—En ese caso, acepto. Cualquier cosa será buena con tal de recuperar viva a nuestra pequeña Marcia.

Porcel se marcha. En la puerta le oigo cambiar unas rápidas frases con el doctor Breuville. Y aguardo con la ansiedad imaginable.

Pasan las horas lentamente. Ya son las seis de la tarde. Estamos a finales de junio en París y la temperatura diurna es muy agradable.

A las ocho, muy cerca del anochecer, aparece el doctor Breuville.

—Vamos a trasladarle al sótano, Marc. Simularemos que acaba de morir y le llevaremos al depósito de cadáveres. Desde allí le pasarán directamente al coche del fiscal Porcel, que aguarda en el garaje. Tengo que ponerle una inyección, pero no tema. Perderá el conocimiento por un par de horas, pero enseguida se sentirá bien — me anuncia.

Siento miedo. Una inyección... para hacerme pasar por un «fiambre». Y luego al depósito de cadáveres. Un escalofrío recorre mi cuerpo, pero recupero el ánimo pronto. Hay que dejarse llevar.

Breuville rompe una cápsula de cristal, llena la jeringuilla, pone la aguja hipodérmica, pincha en mi brazo.

Una dulce laxitud me asalta, mis párpados pesan como el plomo, me adormezco. Ya no siento nada. Estoy inconsciente.

Me miro en el espejo. Tengo un aspecto extrañísimo con esta gorra inglesa, las gafas oscuras, la barba y el bigote postizos.

Porcel se preocupa por mí. Quiere que me sienta cómodo tras esta rara máscara y la verdad es que lo consigue: este disfraz impedirá que otras personas se espanten al contemplar mi rostro, monstruosamente deformado por las quemaduras.

No hay noticias de Marcia, pero he pasado dos horas con Sally en la biblioteca de la residencia privada de Charles Porcel. Hemos

hablado, hemos llorado juntos, nos hemos prometido amor para el resto de nuestros días. Las palabras de Sally, emocionadas, llevan el consuelo a mi espíritu, que bien lo necesita.

¿De qué madera estará hecha esta mujer que se come las lágrimas cuando contempla mi cara deformada, surcada por espantosas cicatrices rosadas o parduscas?

Porcel quiere que vayamos a Fregenay, en cuyas cercanías se encuentra el edificio del club-casino La Fontaine.

Son las cuatro de la madrugada. Me despido de Sally, que permanecerá en esta casa, escoltada por dos «gorilas» del Ministerio del Interior.

Partimos en dos grandes automóviles negros, sin distintivos. En el primero viajan dos magistrados y tres policías; en el segundo vamos Porcel y yo con otros tres agentes.

Atravesamos velozmente la ciudad. Estamos en plena campaña electoral y la ciudad aparece cubierta de carteles con las efigies sonrientes de los candidatos. Pero la que más se repite es la de André de Valtois. «Votad a De Valtois, el incorruptible», aconsejan centenares de miles de carteles.

Corremos a gran velocidad a lo largo de los boulevares desiertos y pronto alcanzamos la autopista del Sur.

Poco más de media de camino y dejamos atrás Fregenay. Dos kilómetros más allá, el automóvil que nos precede se desvía a la derecha y rodamos por un camino secundario. Atravesamos un bosquecillo de pinos y remontamos una pendiente. En la oscuridad, brillan las luces del casino-club La Fontaine, situado sobre una colina.

Seguimos adelante, ahora avanzamos por un caminito forestal, estrecho y herboso. Al fin, los coches se detienen y bajamos. Los conductores apagan los faros de los vehículos y empuñan largas linternas.

—Guénos, Warkovic —pide el fiscal. Me entregan una linterna, reflexiono un momento para orientarme y camino a través del bosque, ya decidido. Los demás me siguen en silencio, a buen paso.

El bosque va clareando hasta convertirse en matorral. Sé que, unos meses atrás, esta zona ha sido registrada y tamizada por unos individuos que buscaban lo mismo que nosotros tratamos de encontrar ahora.

Tras algunas vacilaciones, guío a las personas que me acompañan hasta un sinuoso barranco. Descendemos. Uno de los policías me sujeta con fuerza para evitar que rueda por la pendiente.

Rápidamente, encuentro lo que nos interesa: en mitad del talud, introduzco la mano en una grieta y saco la pequeña agenda con tapas de escay. Se la entrego a Charles Porcel, que la toma ávidamente, y ascendemos.

Poco después emprendemos el regreso a París. Porcel examina las anotaciones de la agenda de Jeannette Glisson, pasa una hoja tras otra, parece muy excitado.

—¡Es increíble! —le oigo murmurar—. Jamás lo hubiera creído, de no ser por...

Cuando penetramos en la residencia del fiscal, son las cinco y media de la madrugada. Advierto cierto revuelo en el salón principal y noto un nudo en la garganta... ¿El llanto de una niña?

Corro como un loco hacia allí, me precipito en el interior de la gran habitación y veo a Sally, llorosa, emocionada, que abraza a una preciosa niña de unos tres años.

Mi excitación es tan grande que no sé si reír, llorar o gritar. Pero permanezco inmóvil, contemplando a las dos mujeres, hasta que Sally advierte mi presencia, deja a la niña y corre hacia mí.

—¡Marc, la han rescatado! ¡Es Marcia, tu hija! —exclama, temblorosa.

Bruscamente, doy la vuelta y me alejo. Desconcertada, Sally intenta seguirme, averiguar qué me ocurre. Pero Porcel la disuade:

—Déjelo. Su estado de ánimo es comprensible. ¿Cómo presentarse ante su hija con su aspecto actual...?

No importa. Nada importa, sino que Marcia está viva. Nuestra hija ha sido rescatada.

Porcel se reúne conmigo en otra pieza de la casa.

—Es preciso que descanse usted, Warkovic —me aconseja—. Sospecho que mañana va a ser un día muy movido para todos nosotros.

—Espere. Quiero saber cómo consiguieron rescatar a mi hija.

—Gracias a los datos que usted me dio. Tenían oculta a la niña en un sótano de Plain Morceau. Por desgracia, los dos hombres que la vigilaban hicieron frente con armas de fuego a los policías

encargados del rescate. En fin... La policía se vio obligada a abatirlos a tiros. Resultaron muertos.

—Pero usted tiene la agenda de Jeannette...

—Sí, pero sus anotaciones no constituyen ninguna prueba fehaciente, aunque nos servirán como punto de partida en la investigación. Pero todo eso puede esperar hasta mañana. Ahora es preciso que descanse. Avisaré a su esposa...

Sally se reúne conmigo poco después. Está un poco triste, porque comprende mi estado de ánimo.

—No temas, Marc. La niña te querrá de todas formas. ¿No comprendes que el amor no depende solamente de unas facciones más o menos bellas? —susurra.

De acuerdo con *monsieur* Porcel decidimos que Sally y la niña vayan a vivir a algún lugar seguro, lejos de París. Será doloroso para mí separarme de ellas, ahora que, por fin, las tengo. Pero todo sea por la seguridad de mis dos mujeres.

Sally me besa, estremecida de amor. Y luego se marcha. Minutos después, Porcel me guía a mi habitación. Dudo que sea fácil conciliar el sueño, pero lo cierto es que me desnudo, me dejo caer sobre el lecho y duermo como un tronco. El exceso de emociones me ha rendido por completo.

CAPÍTULO XII

Mientras desayunamos, Porcel insiste en que vuelva a contarle, detalladamente, cuánto ocurrió aquella noche del 10 de febrero en que conocí a Jeannette Glisson en el casino-club La Fontaine.

—Pero... ya lo sabe todo. No le oculté nada —respondo.

—No importa. Quizá, tras una segunda narración pueda obtener deducciones importantes. Por favor, Marc —insiste.

Me ofrece cigarrillos y fumamos.

—Bien, como ya le dije, Viceron, Pautier, Bertine y yo perdimos unos miles de francos en diversas mesas de juego. El ambiente estaba cargado, viciado, y advertí a mis amigos que me dirigía al bar para tomar una copa y respirar aire fresco...

»En una mesa próxima a la barra, permanecía una guapa jovencita trigueña, que demostraba un nerviosismo inusitado, en la que yo no reparé demasiado al principio. Pero cuando terminé mi *whisky* con hielo y me dirigía a la salida, ella vino a mi encuentro.

»—¡Señor Warkovic!

»Me detuve, la miré, un tanto desconcertado.

»—¿Me conoce?

»—Sí. He frecuentado su local, Chez Warkovic, hasta hace poco. Por favor, ¿quiere acompañarme un momento? —suplicó.

»Me tomó por un brazo. Temblaba. Aquella mujer estaba aterrada.

»Le pedí que se calmara y la llevé hasta una mesa más apartada. Pedí a un camarero *whisky* con hielo para ambos y nos sentamos.

»—¿Qué le ocurre? Está palidísima. ¿Se siente bien? —pregunté, solícito.

»—Me siento... morir de pánico —confesó, vibrantes los labios—. Escuche, ¿ve aquellos dos individuos que nos miran desde la barra? ¡No, no se vuelva, por lo que más quiera! Hágalo después, de forma natural, para que no sospechen.

»Llegó el camarero y puso la bandeja sobre la mesa. Miré discretamente y vi a los hombres que Jeannette me indicaban. En efecto, ninguno de aquellos dos individuos, jóvenes, fuertes y elegantes, perdía de vista nuestra mesa un solo instante.

»—¿Qué teme? —pregunté a la chica cuando el camarero se alejó.

»—Quieren obligarme a que vaya al Santuario, pero me he negado. Estoy segura de que me matarán en cuanto salga de aquí. Es por eso, señor Warkovic, por lo que le detuve a usted: es la única persona a la que conozco. Se lo ruego, no me abandone —gimió.

»—No pienso abandonarla, pero comprenda que todo lo que me cuenta es la mar de enigmático: ¿qué es el Santuario y por qué quieren obligarla a ir allí? —quise saber.

»Jeannette Glisson tenía diecinueve años, hacía vida absolutamente independiente y se dedicaba al alterne, es decir, a la prostitución más o menos encubierta. Una amiga de su misma edad, llamada Sandra Duchamps, le había hablado de las orgías que se organizaban o concertaban en La Fontaine.

»—Sandra me dijo que se trataba de caballeros muy ricos e importantes. Les gustaba organizar extrañas orgías rituales que tenían lugar en el Santuario, una finca cercana a Fregenay y preferían muchachas muy jóvenes, a cambio de lo cual ofrecían sumas considerables de dinero. Sandra confesó que ella había percibido cinco mil francos por una sola noche de orgía, aunque se había visto obligada a permitir ciertos excesos que la habían asqueado profundamente.

»También Jeannette se había sentido tentada por la posibilidad de ganar dinero abundante y fresco. Había asistido a una de las orgías. Y entre los asistentes había reconocido a un personaje importantísimo: André de Valtois, candidato a diputado en las elecciones generales a celebrar a primeros de julio próximo.

»Al escuchar esta revelación de labios de Jeannette me sentí fuertemente impresionado.

»—Es absurdo —opiné—. ¿Es que unos personajes tan importantes no temen ser objeto de chantaje por alguna de las muchachas que acuden a sus bacanales?

»—Sí. Por eso aparecían con un pequeño disfraz de seda: ésa era toda su vestimenta. Pero a De Valtois se le cayó cuando me

perseguía a través de un caos de sillas volcadas. No sé si él advirtió mi asombro... Lo cierto es que volvió a asegurarse su antifaz, pero no volvió a perseguirme. Por fin, todos se emborracharon y yo huí con mis cinco mil francos. Desde luego, yo no pensaba volver a aquel maldito lugar. Había visto a aquellos “caballeros” convertidos en energúmenos, en verdaderas bestias. Y tuve miedo.

»Pero Jeannette ignoraba entonces que había penetrado en un círculo sin salida posible.

»—Me entrevisté con Sandra al día siguiente. Estaba un poco borracha y se fue de la lengua —me explicó Jeannette—. Me confesó cosas horribles: Miriam Gilíes, una amiga suya, había sido obligada a protagonizar una misa negra en el sótano del Santuario. Y lo cierto es que Miriam había desaparecido hacía dos semanas y que nadie sabía nada de ella. Después...

»El día anterior, Jeannette había recibido una llamada telefónica. Una voz masculina la invitó a presentarse en La Fontaine, contratada para participar en una de las acostumbradas orgías nocturnas.

»—Me negué. Pero el hombre que hablaba dijo: “Es tarde para abandonar, señorita Glisson. Preséntese en La Fontaine o se arrepentirá. Créame, es lo mejor para usted”... Estuve dudando entre llamar a la policía o trasladarme a Fregenay, pero finalmente me decidí a venir con la idea de convencer por las buenas a esa gente. Esos dos hombres me estaban esperando. Me golpearon a bofetada limpia cuando dije que no volvería al Santuario. Escapé como pude de sus manos y me refugié en el bar. Pero no me dejarán escapar: seguirán ahí hasta que la gente se marche. Y entonces caerán sobre mí. ¿Comprende ahora, señor Warkovic? —gimió, angustiada.

»—Sí —respondí, aunque las brumas del alcohol no me permitían pensar muy claramente—. ¿Y qué quiere que haga yo?

»—¡Sáqueme de aquí, por amor de Dios! —sollozó—. Sandra ha desaparecido también. Estoy segura de que la han asesinado...

»—¿Cómo puede estar segura de una cosa así? —pregunté, extrañado.

»—Traté de ponerme en contacto con ella ayer. Cuando llegaba ante la casa donde vive, vi que dos hombres la aferraban por ambos brazos y la obligaban a subir a una furgoneta, que partió

inmediatamente. La seguí en un taxi hasta las proximidades del cementerio Père Lachaise, pero allí un camión se cruzó ante mi taxi y perdimos de vista la furgoneta. Estoy segura de que la han matado.

»Reflexioné con torpeza, pero decidí que era justo echarle una mano a aquella angustiada jovencita.

»—Está bien. Disimula. Bésame, acaríciame... Así. Haremos creer a esa gente que estamos sedientos de amor. Dentro de unos minutos saldremos. Tengo fuera mi coche, un Alfa Romeo muy rápido. Trataré de sacarte de aquí.

»Estuvimos haciéndonos carantoñas un rato. Luego dejé unos billetes sobre la mesa y abandonamos el bar. Y en aquel momento mis dos amigos y Bertine se cruzaron con nosotros. Así que nos detuvimos un momento y les di una rápida explicación. Accedieron a quedarse en el bar, con el fin de obstaculizar a aquellos dos individuos que espiaban a Jeannette, en el caso de que decidieran seguirnos, y salimos.

»Por desgracia me equivoqué de camino y en lugar de alcanzar la autopista, nos perdimos en una senda forestal. Apenas habríamos recorrido un kilómetro cuando vimos brillar unos faros a nuestra espalda. E inmediatamente resonaron unos disparos.

»—¡Agáchate! —grité a Jeannette, que chillaba de espanto—. ¡Esos tipos no tiran con balas de fogueo!

»En efecto, delante de nosotros, una bala arrancó un pedazo de astilla del tronco de un pino. De repente, el Alfa Romeo se fue a la derecha locamente, abollé el guardabarros del mismo lado y logré enderezar desesperadamente la dirección.

»Nos estaban dando alcance. Las dos ruedas traseras de mi coche, perforadas a balazos, nos restaban velocidad. En una curva del camino frené bruscamente, tomé a Jeannette de la mano y corrimos entre las sombras a campo través.

»De repente, resbalamos por una pendiente y caímos. Jeannette dejó escapar un alarido de dolor: se había roto un tobillo.

»—Tenga, Warkovic —había sacado una pequeña agenda de su bolsa y me la ofrecía con una mano temblorosa—. ¡Guardé esto y por amor de Dios, avise a la policía! ¡Yo... yo no puedo seguirle!

»Dudé un momento, pero finalmente opté por seguir su consejo. Guardé la agenda en el bolsillo y corrí como un loco por el cauce

del barranco.

»Caí varias veces, me destrocé los pantalones, me arañé las piernas... Detrás de mí se oía el rumor de pasos próximos, gritos excitados... Fue entonces cuando decidí ocultar la agenda en el primer escondrijo que hallé a mano.

»Luego seguí huyendo, tratando de orientarme hacia la autopista. De nada me sirvió la agotadora carrera a campo través. Había alcanzado la autopista y corría hacia un motel situado a cien metros de distancia, cuando vi aparecer el Peugeot “404”, que frenó brutalmente en la explanada cuando yo penetraba en el bar.

»No podía vacilar ahora. Yo estaba en posesión de un secreto terrible, en el que estaba involucrado un personaje tan rico y poderoso como André de Valtois. No tenía tiempo para llamar a la policía, así que me incline por abordar el recurso más rápido: penetré en el bar, tomé una silla y comencé a destrozar todo lo que se hallaba a mi alcance.

Por el rabillo del ojo, vi que un camarero marcaba un número telefónico con urgencia, al tiempo que otros tres empleados trataban de reducirme. En la puerta, indecisos, estaban tres individuos con aspecto de «gorilas». Seguí, pues, destrozando todo lo que hallaba a mi paso, a la par que gritaba como un poseso.

»Sólo cuando, quince minutos más tarde, oí el sonido de una sirena, me di por vencido. Cuatro policías penetraron en el local, me redujeron y me condujeron al coche policíaco.

—¿Eso es todo? —pregunta el fiscal, que ha quemado cinco cigarrillos a lo largo del relato.

—Sí. Preferí ir a la cárcel antes que dejarme capturar por aquellos individuos —confieso—. Los hechos me han dado la razón, *monsieur* Porcel: mataron a Jeannette Glisson, sobornaron al abogado Ménard, cuyos cigarrillos estuvieron a punto de enviarme al otro mundo y, posiblemente, sobornaron también al funcionario Bargallon y al abogado Dunod. No contentos con ello, introdujeron a un asesino como Henri Julep en la prisión con la misión de matarme, cosa que no ocurrió gracias a mi amigo Justin LaRôle. Pero además...

—Siga.

—Ahora empiezo a sospechar que Jean-Jacques Viceron, Claude Pautier y Bertine Tallain no huyeron, sino que están muertos.

—¿Muertos? ¿Por qué?

—Los dos individuos que vigilaban a Jeannette en La Fontaine me vieron hablar con mis amigos. Quizá imaginaron que éstos estaban al tanto de lo que ocurría en el Santuario y decidieron silenciarles. Todo parece indicarlo así. Dígame, ¿por qué iba a liquidar Jean-Jacques un negocio que, como Chez Warkovic, marchaba de forma boyante? La única explicación es que tanto Viceron como Claude y Bertine están muertos.

Callamos. Porcel me miraba en silencio.

—Y, bien, ¿ha sacado alguna conclusión de la segunda versión de mi relato? —le pregunto.

—Nada notable, sino comprobar que piensa usted con lógica, Warkovic —confiesa.

—A mí hay algo que me da que pensar...

—Explíquese.

—Recuerde, *monsieur* Porcel. Jeannette siguió a Sandra Duchamps hasta las inmediaciones del cementerio Père Lachaise. ¿Hay alguna propiedad de De Valtois por esa zona?

—Lo ignoro —responde, pensativo—. Pero puedo averiguarlo en poco tiempo. Tengo a todos los organismos de la Administración francesa a mi disposición. Espere un momento, voy a telefonear.

Vuelve a los cinco minutos y se sienta frente a mí. La idea bulle en mi mente desde hace largo rato y, de repente, planteo la cuestión:

—Si se demostrase que soy absolutamente inocente, si pudiéramos demostrar que fueron otras personas las que asesinaron a *mademoiselle* Glisson, ¿podría usted influir para que la condena de LaRóle por la muerte de Julep fuera más benigna? —le pregunto.

El fiscal reflexiona.

—No lo sé —responde, al cabo—. Tenga en cuenta, que si bien LaRóle mató para defenderle a usted de una muerte cierta, también es cierto que su amigo pudo evitar degollar a Henri Julep.

—¡Usted no conocía a ese asesino! Julep era una serpiente venenosa, un criminal nato. Hubiera matado también a Justin si éste le hubiera dado una sola oportunidad —protesto, fogoso.

—Mire, Warkovic: mi opinión es que usted no asesinó a la señorita Glisson y por eso le he sacado de la cárcel. Pero para demostrar que André de Valtois contrató a Julep y ordenó asesinar

a Jeannette, necesitaríamos más pruebas que una simple agenda con las direcciones de algunos conocidos ciudadanos. De todas formas, pienso aconsejar una investigación profunda acerca de todo lo relacionado con la muerte de Julep. Le prometo que haré todo lo que pueda en favor de su amigo LaRóle.

—Gracias —murmuro, conmovido.

En alguna parte suena un teléfono. Porcel se disculpa y sale. Cuando vuelve, su expresión ha cambiado.

—Su intuición se ha demostrado acertada, Warkovic —declara—. En efecto, De Valtois tiene una propiedad en Pére Lachaise, pero no creo que el dato nos sirva de mucho. La propiedad de De Valtois es... un panteón funerario en el propio cementerio.

De repente, me levanto muy excitado.

—¿Cómo que no va a servirnos de nada? ¡Al contrario! ¡Creo... creo que ahora estamos sobre una pista cierta! —exclamo.

—¿A qué se refiere?

Mi agitación es tan intensa que apenas acierto a escoger las palabras precisas para explicarme.

—¡Veamos, veamos! Si yo tuviera que ocultar unos cuantos cadáveres... ¿qué mejor lugar que mi propio panteón familiar, donde nadie podría hurgar sin mi consentimiento? —exclamo fervientemente.

El fiscal parece influenciado por mi propia agitación.

—Extraña idea la suya, Warkovic, pero me siento tentado por comprobarla. Por desgracia, me llevará unas horas obtener la autorización necesaria —dice—. Muy bien, aguarde aquí. Volveré en cuanto pueda.

Se va. La señora Daltou, asistente del fiscal, viene a verme a cada momento, solícita. Quiere saber si tengo hambre, si quiero café o cigarrillos... Esta mujer se desvive por atenderme.

En el vestíbulo, montan guardia mis dos «gorilas» del Gobierno. Aquí estoy seguro y protegido, pero no puedo evitar que mis pensamientos vuelen a Sally y Marcia, los dos seres a los que amo apasionadamente.

Sé que ésta es mi última oportunidad. Puedo hacer algo importante y asegurar mi futuro, mi familia. Atrás debe quedar mi pasado, demasiado violento, aventurero e inconsciente.

Fumo un cigarrillo, me asomo a la ventana. Quedan pocos días

para que se celebre la consulta electoral y París se ve invadida por los coches con altavoces que esparcen propaganda política a los cuatro vientos. En todos los barrios se celebran mítines y desde cualquier ángulo puede verse el gran cartel que invita: «Votad a De Valtois, el incorruptible».

Sonrío, irónico. ¡De Valtois el incorruptible... es el hombre más corrupto sobre la Tierra, estoy seguro de ello!

Me veo obligado a almorzar solo. *Monsieur* Porcel ha telefonado para anunciar que almorzará en cualquier sitio, que le es imposible volver a casa por el momento.

Por fin, a las siete de la tarde su coche se detiene ante el edificio.

—Tengo el mandamiento judicial y todo está preparado. Esperaremos a la noche para viajar a Père Lachaise, con el fin de no llamar la atención. ¿Qué le parece? —dice.

—No me apetece mucho una visita al cementerio, pero le acompañaré, si me lo pide —respondo.

—Sí, quiero que venga conmigo.

Con él ha venido Gastón Garre, su joven pasante, que ha estrechado mi mano un poco conmovido, tras mirar discretamente mis facciones deformadas.

Nos ponemos en camino a las diez. Los empleados del cementerio no intervendrán en el acto: se les ha hecho creer que se trata de una exhumación rutinaria, que llevarán a cabo los propios policías.

Es un bello panteón, este de la familia De Valtois, un auténtico mausoleo de mármol blanco, de grandes proporciones. El que corresponde a un personaje de tal categoría.

Empleados judiciales descienden y abren la puerta de la cripta. Nosotros bajamos también. Se oye el rumor de las respiraciones ahogadas, contenidas.

Porcel ordena que abran el primero de los cinco sepulcros situados al fondo. Retiran la pesada losa y aparece un casi deshecho cadáver envuelto en una mortaja. Aquel cuerpo debe llevar sepultado al menos veinte años y se trata, según la inscripción, de un pariente de André de Valtois.

El fiscal me mira un momento y carraspea, nervioso.

Retiran la segunda losa e inmediatamente se expande un hedor

tan intenso que nos obliga a todos a buscar con urgencia los pañuelos... ¡Es el cadáver de una mujer muy joven!

En el resto de los sarcófagos irán apareciendo hasta cinco cadáveres en total. Me estremezco de ira y de miedo al reconocer los cuerpos de Jean-Jacques Viceron, de Claude Pautier y de Bertine Tallain, mis tres pobres amigos.

CAPÍTULO XIII

Estamos todos muy nerviosos.

Desde su refugio, Sally envía un mensaje tras otro insistiendo en que quiere venir a reunirse conmigo. Es difícil convencerla de que lo mejor, por ahora, es que sigamos separados.

Por su parte, Charles Porcel y su ayudante apenas paran en esta casa. Pasan todo el día en sucesivas entrevistas con altos magistrados como el fiscal general, con personajes del Ministerio del Interior y llevando a cabo otras gestiones e investigaciones.

En cuanto a mí, deambulo como un fantasma por las habitaciones de esta inmensa, sólida y cómoda casa.

Apenas faltan tres días para las elecciones. ¿Será posible que triunfe André de Valtois?

Monsieur Porcel está muy preocupado. Dice que para detener a De Valtois sería bastante con encontrar a las personas que llevaron cinco cadáveres al panteón de Père Lachaise... a condición de que dichas personas acusaran, a su vez, a De Valtois. ¡Todo esto parece tan difícil!

Mi situación no está nada clara. Oficialmente estoy muerto... (Por cierto, anoche alguien ha profanado la tumba que, sobre el papel, debo ocupar en un cementerio situado al Sur). Pero lo cierto es que aún no se ha sobreesido mi causa. No soy libre aún, por tanto. Ni me interesa: sé que en el momento en que ponga el pie en la calle sin protección seré asesinado.

Lo único positivo es que tengo tiempo y una relativa calma para pensar. He comenzado a esbozar un plan.

Y pienso hablar de ello con Porcel en cuanto vuelva a esta casa.

No aparece sino a la hora de cenar, algo después de las nueve. No parece demasiado tranquilo, aunque procura disimularlo.

—Temo dar un paso en falso —confiesa, mientras cenamos—. De Valtois es un hombre muy rico, poderoso, de enorme prestigio.

Si no lograrse llevarlo a la cárcel, eso significaría mi ruina.

—Le comprendo. He pensado algo.

—¿De qué se trata? —Ha erguido su cabeza y me contempla con atención.

—Si se prolonga esta situación, mis nervios estallarán —le confieso—. He decidido provocar a De Valtois. Le explicaré mi proveyecto: es preciso desmentir mi muerte en el hospital. E inmediatamente anunciar por radio y televisión que he conseguido fugarme del hospital penitenciario. Llamaré a nuestro personaje desde un lugar seguro. Le propondré mi silencio a cambio de una cantidad crecida de dinero. Picará, estoy seguro. Usted, *monsieur* Porcel, dispone de los medios necesarios para montar la farsa. ¿Qué le parece?

—Demasiado arriesgado para usted —responde, nervioso.

—No me importa. Estoy dispuesto —digo, seguro de mí mismo.

—Espere. Vamos a ver. Podíamos...

Durante dos horas vamos remodelando y perfeccionando el plan. Está decidido. Porcel va al teléfono y el proyecto se pone en marcha.

—Ha oído bien, soy Marc Warkovic, señor De Valtois. Escuche, yo sólo quiero sobrevivir. Para ello necesito dos millones de francos, ¿comprende? Usted me ha hecho una mala faena, pero estoy dispuesto a olvidarlo todo si me trae ese dinero. No diré una palabra, me marcharé lejos, probablemente a Sudamérica o Australia y jamás volveré. Usted, señor De Valtois, tiene una gran carrera política por delante. Si yo hablase ahora mismo con la policía...

—¡Calle! Baje la voz, por favor. ¿Desde dónde llama?

—Desde una cabina telefónica pública. Pero no se haga ilusiones: no voy a dar oportunidades a sus sicarios para que me asesinen. Colgaré inmediatamente...

—¡Espere, se lo ruego! —¡De Valtois rogándome...!

—Tengo en mi poder la agenda de Jeannette Glisson. Se la entregaré a cambio del dinero. Callaré todo lo que sé... incluido algo relacionado con su panteón de Pére Lachaise, usted me entiende, ¿no es cierto?

—¡Sí, sí! Y escuche, Warkovic, estoy de acuerdo con sus condiciones. Venga a entrevistarse conmigo. Vivo en...

—Lo sé, lo sé, pero no iré a su residencia, señor De Valtois. Podemos entrevistarnos en tierra de nadie. Por ejemplo, en el teatro Bruxelles. Está cerrado desde hace dos años, pero yo he dormido allí la noche anterior.

—¡Está bien, está bien! ¿Cuándo? —De Valtois está muy excitado.

—Dentro de una hora.

—¿Una hora? En ese plazo no lograré reunir dos millones de francos. Deme más tiempo —suplica.

—Ni un minuto más —respondo, tajante—. Y no me haga reír. En una hora, usted puede conseguir cincuenta millones en metálico, si se lo propone. Ah, mi última condición: venga solo. Yo no tengo armas y lo único que me importa es coger el dinero y largarme, de modo que nada tiene que temer.

—Bien. Estaré a las once en punto en el antiguo teatro de Bruxelles. Solo.

—Eso espero, por su bien —respondo. Y cuelgo.

En realidad, he hecho la llamada telefónica desde un domicilio privado de la rue des Cordonniers. A un paso está el teatro Bruxelles, hacia el que me dirijo rápidamente.

En las sombras se oye un siseo apagado. Luego la luz de una lámpara lateral se enciende e ilumina pálidamente el viejo teatro polvoriento. Dos hombres se vuelven desde el escenario y encañonan con sus pistolas a la silueta viril que ocupa el centro del patio de butacas. Es un individuo barbudo, con gafas, que viste un chaquetón raído y se cubre la cabeza con una gorra inglesa de visera, a cuadros.

Una elevada y elegante figura hace su aparición tras el telón del escenario: es André de Valtois, que contempla nervioso a la barbuda silueta del patio de butacas.

—Buenas noches, señor De Valtois. Espero que haya traído el dinero.

Pero De Valtois no le presta mucha atención. Mira hacia los palcos y el paraíso, donde una docena de sus «gorilas» lo registra todo minuciosamente. Al cabo, uno de ellos, grita desde las alturas:

—No hay nadie más, *monsieur*, a excepción de ese barbudo del patio de butacas.

—¿Estáis seguros, Roger? —insiste De Valtois, todavía inquieto.

—Absolutamente, señor. Puedo asegurarle que no hay nadie escondido. Lo hemos registrado todo escrupulosamente, incluido el tejado. Tengo a dos hombres situados allí y otros cuatro montan guardia en la entrada. Todo está en orden.

Por fin, De Valtois sonríe.

—¿Dónde tiene la agenda, Warkovic? —pregunta, entornados los ojos.

—En mi bolsillo. ¿Y mis dos millones, *monsieur*? —Retumba la voz de Warkovic.

—¡En el infierno! —Gruñe De Valtois, áspero—. Por supuesto, que podría entregarle ese dinero y diez veces más. Pero usted seguiría vivo, Warkovic, y eso significaría un peligro constante para mí. No, amigo mío. Obtendré gratis lo que necesito.

—Entonces... No piensa cumplir su palabra, ¿aciertó?

—Plenamente... ¡Ja, ja, ja, pobre ratoncillo! ¿Sabe una cosa, Warkovic? Su suerte habrá dependido de la simple casualidad. Si aquella noche del 10 de febrero no hubiera entrado usted en el casino-club La Fontaine, ahora nada tendría que temer. Pero ya le digo, fue la casualidad. Y ahora...

—Va a ordenar a sus matones que me asesinen...

—Yo no emplearía palabras tan fuertes, Warkovic. Yo diría eliminar, apartar de mi camino. Confieso que soy un hombre muy ambicioso...

—Tan ambicioso que no se ha detenido ni ante el crimen. Muchas personas han muerto por su causa, *monsieur* De Valtois. Miriam Gilés, Sandra Duchamps, Viceron, Pautier, Tallain, incluso Julep, el asesino que envió a la prisión para «eliminarme», utilizando su vocabulario... Pero en realidad, yo no creo que usted sea un asesino, sino un demente. Porque demencia y aberración era todo lo que sucedía en el Santuario. ¡Usted está loco, De Valtois!

—¡Y usted está muerto, pobre Warkovic! —grita De Valtois como un energúmeno.

—¡Espere! Si es cierto que piensa asesinarme, ¿por qué no pierde unos minutos en explicarme algunos enigmas que me apasionan? —Se oye la voz de Warkovic.

De Valtois prorrumpe en una risotada áspera.

—¡Sí! ¿Por qué no? ¿Qué quiere saber, Warkovic?

—¿Cuánto pagó a Julep por asesinarme?

—Yo no me ocupo de esas minucias. Roger se entrevistó con él y le propuso el trabajo. Creo que le pagó unos diez mil francos. Evidentemente, Julep no era muy caro, aunque, por desgracia, fracasó.

—¿Cuánto pagó a Auguste Ménard, a Dunod, al funcionario Bargallon?

—No me importune con majaderías, Warkovic. Mis empleados se ocupan de esas cosas. Yo me limito a pagar.

—¿Y en cuanto a las orgías del Santuario? ¿Cómo murió Miriam, Sandra...?

—Fueron degolladas en sendas ceremonias rituales... Pero ¡se acabó! Ya me he cansado de responder. Warkovic, venga aquí y entrégueme esa agenda.

—Ya que va a hacerme matar, moléstese usted. Venga a por ella, De Valtois.

—¡Estúpido! —De Valtois se agita en un espasmo de ira—. ¡Roger! Ocupaos de él. Tanto da recoger esa agenda un poco antes o un poco después. Tal vez sólo resultará un poco deteriorada. ¡Dadle lo suyo!

Desde el paraíso retumba el estallido de una ráfaga de metralleta. La gorra de Warkovic es arrancada a balazo limpio y su figura se estremece ante los violentos impactos.

Y de repente... ¡La cabeza cae, desgajada del tronco! Pronto es arrancado también el brazo derecho, el izquierdo, el tórax se abre, aparece el relleno de virutas, De Valtois palidece, chilla...

Y enseguida el viejo teatro de Bruxelles se inunda de policías armados de metralletas. Los *gangsters* De Valtois levantan los brazos, retroceden espantados y se dejan desarmar sin oponer la menor resistencia.

Luego llegan al teatro el fiscal Porcel y el fiscal general, Edmond Chailles, el juez Jérôme Vardoque...

André de Valtois retrocede, consternado. Acaba de comprender que ha caído torpemente en la mayor de las trampas. Saca una pistola... Los policías se aprestan a disparar... Pero De Valtois alza lentamente su arma, se la lleva a las sienes y dispara.

Durante unos segundos permanece rígidamente en pie. Luego se tambalea y cae de bruces. Cuando el juez llega al escenario, André de Valtois está muerto.

Y yo, Marc Warkovic, que he permanecido cómodamente instalado en un piso cercano, contemplando lo que sucedía en el teatro a través de un circuito cerrado de televisión, abandono mi refugio y corro también al teatro.

Miro un momento el informe montón de los fragmentos del muñeco que los sicarios de De Valtois han destrozado a balazos. Me acerco, lo examino. El altavoz instalado en el interior del muñeco está entero.

La trampa ha surtido su efecto. Una farsa montada con la ayuda de una cámara de televisión disimulada en el artesonado del techo, un juego de micrófonos y altavoces y las excelentes condiciones acústicas del local del viejo teatro de Bruxelles. Una sencilla trampa que me ha salvado la vida.

Charles Porcel viene a mi encuentro y me estrecha las manos, conmovido.

—Un excelente final, Warkovic. Usted tuvo una buena oportunidad y supo aprovecharla, la República francesa se ha librado de un loco peligroso y de una pandilla de *gangsters* y la justicia ha ganado con todo ello. Mi enhorabuena de todo corazón, Marc —me dice.

—Gracias, *monsieur* Porcel —respondo—. Pero usted ha sido la persona clave de esta historia. Sin su comprensión y sin su sentido de la justicia, tal vez De Valtois se hubiera salido con la suya. Ahora, si me permite, voy a telefonear a mi esposa.

CAPÍTULO XIV

Ya pasó la Navidad y se acerca el mes de febrero. ¡Un año ya desde aquella noche en que Jeannette Glisson me pidió ayuda en el casino de La Fontaine!

El doctor Carais va a retirarme los apósitos que cubren mi rostro. Es un momento decisivo, porque a pesar de todas las seguridades que Carais me ha dado, yo no las tengo todas conmigo aún.

Sally está presente, aunque yo preferiría que no fuera así. Pero ella quiere fortalecerme con su presencia y yo la comprendo.

Sally da un grito. ¿De alarma, de contento? El doctor Carais me aproxima el espejo y yo cierro los ojos. Los abro luego, despacio. ¡Y veo a Marc Warkovic! Son mis facciones, no cabe duda, aunque atirantadas y no del todo perfectas. Pero Carais lo tiene previsto: habrá aún que hacer otras intervenciones complementarias, aunque la verdad es que ya no me avergüenzo de mi aspecto.

Sally sale de la habitación. Luego se oyen unos pasos menudos y una vocecita que se anuncia:

—Papá, soy yo: Marcia.

La abrazo contra mi pecho, estremecido de emoción, beso sus cabellos, la acaricio, la estrujo apasionadamente. Y Sally se une al grupo.

En fin, ya está la familia unida. Nosotros hemos resuelto nuestros problemas, pero quedan por resolver los de otras personas. Los de Justin LaRôle, por ejemplo.

Monsieur Porcel lleva muy adelantadas sus investigaciones. Bargallon, el funcionario de la prisión, ha sido expulsado del Cuerpo y la condena de Justin por la muerte de Julep será benigna. Y desde luego nada de guillotina. Los franceses podemos ser un poco irreflexivos, pero no tanto.

No sé qué hacer con los cuatrocientos mil francos que yacen en

el fondo del pozo del huerto de Deux Jardins, propiedad de Justin. Lo consultaré con mi amigo, cuando vaya a visitarle en la prisión, aunque yo no necesito el dinero, si no es para pagar los honorarios de su abogado.

Pienso hacer todo lo que pueda por mi pobre amigo. Un día de estos iremos los tres, Marcia, Sally y yo a verle. Le llevaremos buen tabaco rubio americano y algunos otros regalos. También llevaremos algo para el excelente Bale. Ya veremos.

Por ahora, mi principal satisfacción es tener la seguridad de que yo supe aprovechar mi última oportunidad.

FIN

**¡Una fabulosa selección de
los mejores relatos del viejo
y salvaje Oeste!**

BISONTE
Serie Roja

BISONTE
Serie Azul

**ASEGURE
SU
EJEMPLAR**

BUFALO
Serie Roja

BUFALO
Serie Azul

*las populares colecciones en
cada uno de cuyos volúmenes, los
más famosos autores del género
le ofrecen lo mejor de su larga
carrera de éxitos.*

CALIFORNIA

COLORADO

SALVAJE TEXAS

KANSAS

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS.

NOTAS

[1] A partir de la película «Rififi», en la que se llevaba a cabo un robo practicando un agujero en el techo de una joyería, la opinión mundial estableció que la palabra «rififi» define a un delito de este tipo. Nada más alejado de la verdad, pues, en el argot parisiense, «rififi» significa gresca, pelea, ajuste de cuentas entre bandas rivales de delincuentes. < <

[2] Grandes rejas metálicas que separan unas secciones de otras, en las prisiones. < <

[3] Diez francos. Unas doscientas pesetas actuales. < <

[4] Diez francos. Unas doscientas pesetas actuales. < <

[5] Malentendido que se basa en que Miracle (milagro, en español) se escribe igual en francés y en catalán. < <